

*Amorónica*





# ANDRÓNICA

TRAGEDIA

en tres actos y cuatro cuadros, en verso

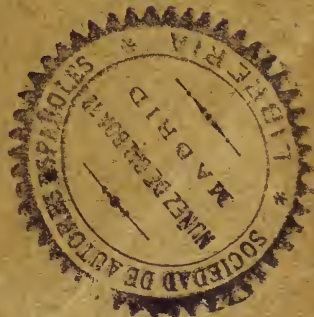
ORIGINAL DE

ÁNGEL GUIMERA

*traducido del catalán en verso castellano*

POR

Luis López-Ballesteros



MADRID  
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES  
Núñez de Balboa, 12

1905





---

Esta obra es propiedad del autor y del traductor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor y el traductor se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

# ANDRÓNICA

TRAGEDIA

en tres actos y cuatro cuadros, en verso

ORIGINAL DE

ÁNGEL GUIMERÁ

*traducido del catalán en verso castellano*

POR

Luis López-Ballesteros

---

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 12 de  
Enero de 1905



MADRID

G. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

—  
1905



# REPARTO

---

## PERSONAJES

ANDRÓNICA.....  
SOR ELENA.....  
SOR MARÍA.....  
NICÉFORO.....  
HERÁCLIAS.....  
EL ABAD DE SAN THIMÚR ..  
SERGIO.....  
PADRE JUAN.....  
ALEJO.....  
ISAAC.....  
LIVANIO.....  
PACOMIO.....  
GELASIO.....  
DEMETRIO.....  
NIKELAS.....  
MATEO.....  
JORGE.....  
THEÓFILO.....

## ACTORES

Sra. Guerrero.  
Srta. Oria.  
Asquerino.  
Sr. Díaz de Mendoza (F).  
Palanca.  
Cirera.  
Díaz de Mendoza (M).  
Urquijo.  
Gil.  
Carsi.  
Juste.  
Mesejo.  
Soñano Viosca.  
Mata.  
Riquero.  
Guerrero.  
Cayuela.  
Briño.

*Caballeros, pueblo, soldados, monjas y sacerdotes*

---

La acción en la Anatolia.—Época, siglo XI





- LIV. Sí, se acerca. Mirad, el sol declina,  
y antes que vuelva á despuntar, los muros  
circundarán las huestes de Bizancio,  
que llegan vencedoras. Por los valles  
avanzar se las vió desde las torres.
- ABAD Tres años hace que Anatolia en masa  
se alzaba por Nicéforo... Y ahora...
- LIV. Ahora solo le quedan unos cuantos  
corazones leales y los débiles  
muros de la ciudad. Por eso gime  
temblando como un niño el vil fantasma.
- ABAD Cobarde teme al extranjero. Y teme  
que su pueblo le arroje de palacio.
- LIV. El pueblo un día por salvar la patria  
del ominoso yugo bizantino  
lo elevó al trono. Pero al ver su séquito  
de horror y de maldad, casi le odia  
más que á Bizancio.
- ABAD Todo nos ayuda.  
Si hoy el pueblo, por fin, del trono lanza  
al odioso tirano, al ruin Nicéforo,  
las puertas de Albia se abrirán al punto.
- LIV Eso, Abad, es un sueño; no es posible.
- ABAD ¡Oh, si Dios permitiese que la lucha  
hoy mismo, dentro de Albia se encendiera!  
¡Yo cuidaría de atizar el fuego,  
y mientras lidian con tesón los unos  
por arrojarse del trono á ese malvado,  
los otros por salvarle, las murallas  
de fuera entre tanto escalarían  
y todo se acabara!
- LIV. Contra el monstruo  
el pueblo de Albia puede dividirse,  
contra Bizancio, no... Nunca la frente  
de grado bajarán los anatolios  
ante los bizantinos.
- ABAD Pero en suma,  
¿quién defiende la causa de Nicéforo?
- LIV. Sus nobles, y no todos. Le ha perdido  
su propia crueldad. Imaginando  
que al pueblo por el miedo se le gana,  
dentro de las prisiones á sus víctimas  
pasa á cuchillo; á cientos las arroja  
de lo alto de las torres, ó en las simas

de Kurmas las despeña. Y si perdona  
alguna vez, hace arrancar los ojos  
á los que escapan á la muerte...

ABAD

Heraclias

es quien le ha envilecido. El le dió el trono  
y él se lo hace perder...

LIV.

Vienen.

ABAD

Cautela.

## ESCENA II

EL ABAD, LIVANIO y GELASIO que viene del interior

LIV.

(A Gelasio.)

¿Qué nuevas nos traeis?

GEL.

Vergüenza inspira

ver al emperador.

LIV.

¿Por qué, Gelasio?

GEL.

Llora, y temblando clama que le lleven  
fuera de la ciudad. ¡Cual si quedase  
un pedazo no más del patrio suelo  
que no se haya perdido! A veces salta  
del lecho en donde gime, y con voz ronca,  
erizado el cabello, á gritos pide  
que se diezme á la plebe, que se mate  
donde la sombra de un traidor se advierta;  
que en el fuego perezca el atrevido  
que de rendirse hable... Y le sostienen  
en pie, porque si no se desplomara.

ABAD

Yo creo que los bravos capitanes  
que al... soberano permanecen fieles  
y que fueron heroicos en la lucha  
valor no tienen para hablar...

GEL.

Me extraña

vuestro lenguaje y á entender no acierto. .

ABAD

Quiero decir, Gelasio, que valiera  
más, que el emperador á sus montañas  
se volviese á guardar cabras salvajes,  
en vez de prolongar sus tristes horas  
en el trono, vertiendo inútilmente  
más sangre todavía.

- GEL. Extrañando el lenguaje del Abad.)  
¡No os conozco!  
¿Quién sois vos que así habláis del soberano?
- ABAD (Fingiendo humildad.)  
Soy el Abad de San Thimúr.
- GEL. Del mundo  
nada en el claustro saben, que á saberlo  
no ignoraríais vos, que hasta la muerte  
se lucha por el hombre en cuyas venas  
corre sangre de mártir, sangre heroica,  
y representa libertad y raza.
- LIV. (Para evitar que hable el Abad.)  
Ignoraba el Abad su noble stirpe...
- ABAD (Hipócritamente )  
Si lleva sangre augusta, entonces...
- GEL. ¡Cúmplase  
la voluntad de Dios!
- ABAD ¡Ah, siempre, siempre!

### ESCENA III

ABAD, LIVANIO, GELASIO y DEMETRIO que viene del interior

- DEM. La voluntad de Dios ya se ha cumplido.  
El augusto consiente... ¡Ya era hora!  
El triunfo será nuestro.
- GEL. Hablad.
- DEM. Heraclias  
lo ha propuesto... (Se oyen clarines.)  
¿No oís?
- ABAD Suenan clarines.
- DEM. (Mirando por la arcada de la derecha.)  
Se hace saber al pueblo lo acordado.  
(Se oye la voz del Heraldo.)
- HERALDO «Albia: el augusto á la ciudad convoca  
en consejo. Las puertas imperiales  
á todos se abrirán. Pobres y ricos,  
acudid pronto. El bizantino llega;  
¡salvad, salvad la patria!»
- LIV. ¿Aquí la plebe?
- ABAD ¡Su sangre necesita y se la pide  
y atraérsela quiere... ¡pero es tarde!

LIV. Silencio, Abad... se acerca el verdadero  
emperador... Ya llega.  
ABAD (Viéndolo llegar.) ¡El vil Heraclias!

## ESCENA IV

EL ABAD LIVANIO, GELASIO, DEMETRIO, HERACLIAS, THEÓFI-  
LO y DOS CABALLEROS

THEÓF. (A Heraclias.)  
Vuestro el consejo es; vuestra la obra.  
HER. (Dirigiéndose á todos.)  
Es del emperador. Todo lo bueno,  
todo lo excelso, es obra suya siempre;  
lo demás, obra nuestra.  
ABAD (Acercándose á Heraclias, irónico.)  
¡Gloria á Heraclias!  
¡Gloria al escudo del imperio!  
HER. ¡Gloria  
sólo al emperador! ¡Nosotros somos  
reflejos de su luz!  
GEL. Es peligrosa  
la entrada de la plebe hasta este sitio.  
HER. ¿Peligrosa la plebe? ¡Oh, no, Gelasio!  
Con la siniestra, á potroz más indómitos  
hice morder el polvo. Hoy el augusto  
en el sólio imperial quiere sentarse  
para escuchar las quejas de su pueblo  
y hasta la voz humilde del mendigo.  
¡Lleguen todos á él altas las frentes!  
porque si en masa todos no se alzan  
y un esfuerzo supremo no les une...  
ABAD Contra Bizancio, sí... Mas por Nicéforo  
y por salvarle el trono...  
HER. Si sus quejas  
hoy satisfechas son, ¿qué más quería  
ese pueblo cobarde, esa vil chusma?  
ABAD (Sin poderse contener.)  
¿Cobarde y vil el pueblo?  
LIV. (Para que el Abad comprenda que se descubre.)  
¡Oh, sí, cobarde



- ABAD (Comprendiendo.)  
Es cierto... y vil... y aun más...  
(Se oyen sonar á lo lejos las campanas.)
- HER. ¡Oid, señores!  
Ya convocan al pueblo las campanas  
llamándole á consejo
- THEÓF. (A Gelasio y otros.) ¡Si parece  
un sueño!
- GEL. ¡Es vergonzoso!
- DEM. ¡Que se vea.  
mendigar el auxilio de la chusma,  
al excelso, al augusto, que aventaba  
como paja las turbas enemigas  
sólo de su corcel con el aliento!
- ABAD (A Heraclias.)  
Tres años ha en el trono de Anatolia  
sentásteis á Nicéforo. Hasta entonces  
nadie fuera de vos le conocía  
ni sabía siquiera que existiese.
- HER. Siguiendo, allá en mi juventud, al padre,  
largos años luché por la Anatolia,  
que entonces, igual que hoy, la tierra patria  
alzose altiva libertad buscando.  
Mas su padre, el caudillo valeroso  
de nuestro pueblo, sucumbió en la lucha;  
y cuando siempre indómita la raza  
al combate volvió, yo busqué al hijo  
y lo traje á la luz de nuevas glorias.
- ABAD (Irónico.)  
¡Merecías, señor, ser coronado!
- LIV. (Idem.)  
¡Gran servicio prestásteis á la patria.
- HER. Es cierto, sí. Mas excusad, señores,  
excusad alabanzas enojosas.
- ABAD (Irónico.)  
¡Yo la corona en vuestras sienes miro;  
no es el emperador, sois vos quien manda!
- HER. (Fingiendo energía.)  
¡Es el emperador! ¡Sólo Nicéforo!  
(Silencio general. Se comprende que todos piensan  
como el Abad.)  
Muerto su padre, terminó la lucha.  
El era un tierno niño, y le llevaron  
para salvar su vida de los odios



del invasor, al fondo de los bosques,  
donde ha crecido entre pastores rudos.  
Y dicen que una vez ante Nicéforo  
os presentásteis...

ABAD

HER.

Cierto.

ABAD

Y también cuentan  
que era como un salvaje; y que espantado  
huía de los hombres.

HER.

(Impaciente.) Ya os he dicho  
que creció en las montañas, sin más trato  
que el de gente sencilla...

ABAD

(Insistiendo.) Y aseguran  
que hablaba con la luna y las estrellas...

HER.

(Interrumpiendo y mirando fijamente al Abad.)  
Abad, cuando la patria se derrumba  
quien habla del augusto en ese tono,  
el arma del traidor está afilando.

ABAD

¿Traidor? ¿Traidor á quién? ¿A vos? Decidlo.

HER.

Y si fuérais traidor, pensar podríais  
en cavaros, Abad, la sepultura.

ABAD

Yo cumplo mi deber. Y ante Nicéforo  
levantaré mi voz.

GEL

Dejad que hable.

ABAD

¿Por qué el augusto en la ciudad se encierra?  
¿por qué dejais que el enemigo os cerque?  
Dijísteis que os alzabais cual las águilas  
y scis inofensivos pajarillos  
cautivos en la jaula, porque tiene  
miedo el emperador.

GEL.

Pues bien, salgamos.

HER.

¿Quién á mi voluntad osa oponerse?

ABAD

Si nos sitian las huestes bizantinas,  
¿quién luego el cerco romperá?

HER.

(A los Caballeros.)

¡Decídselo!

THEÓF.

¡Todos!

GEL.

Todos, Abad.

ABAD

¿Quiénes son todos?  
¿y cómo triunfaréis?

HER.

¡Y lo preguntal  
¡alzando en masa á la ciudad; para eso  
se ha convocado al pueblo, que muy pronto  
—¡seguro estoy!—acudirá á esta cámara!

ABAD

La prueba es peligrosa.—Si sospecha  
que le llaman, no más, para que salve

el trono que vacila, ni arrastrado  
traeréis al pueblo.

HER. (Después de haber mirado hacia el exterior.)

¡Abad, os engañásteis!

El pueblo es mi respuesta. El pueblo acude.

THEÓF. (A Heracias. Saliendo.)

Señor, señor. Es triste nuestra suerte.

HER. ¿Por qué, decid?

THEÓF. Nicéforo se niega

á ver al pueblo.

ABAD (A Livanio.) El cielo nos ayuda.

Triunfamos.

HER. (A Theófilo y otros. Altanero.)

¡Entrará! yo os lo aseguro.

¡Vendrá el emperador! ¡Vendrá! En el trono

se sentara el augusto, aunque á la fuerza

le tenga que sentar. ¡Es por la patria!

Venid y acompañémosle, señores,

hasta el solio imperial.

GEL. (Después de mirar por la ventana.)

Como una ola

sube el pueblo las gradas.

HER. Pues que llegue

á los pies del augusto... ¡paso al pueblo!

(Al indicar Heracias que se abran las puertas, se presenta un grupo numeroso de guardias nobles. Cuatro de éstos se van por las arcadas á abrir las puertas. Los otros quedan al pie del trono. Los caballeros y el Abad han salido.)

Vigilen mis leales, y en los rostros

los intentos descubran. Si alguien osa

un arma levantar, la vuestra hundidle,

y su cuerpo arrojad por esas gradas

¡que dentro y fuera el escarmiento vean!

Caballeros, venid.

ABAD.

Venid, Livanio.

## ESCENA V

SERGIO, ALEJO, ISAAC, JORGE, MATEO, PACOMIO, SOLDADOS de la guardia y pueblo, entre el cual hay algunas mujeres.—Al desaparecer los caballeros, entra el pueblo precipitadamente; los soldados lo contienen en medio de la escena.

MATEO ¡Entremos!  
JORGE Ven, pongámonos delante.  
ALEJO Corre, cojamos la primera fila.  
MATEO ¡No empujes!  
JORGE Pasa, ven.  
MATEO Yo no me muevo de mi sitio.  
ALEJO Te digo que te apartes.  
JORGE Avancemos un poco.  
SOLDS. Atrás.  
ALEJO Nos llama el mismo emperador... es orden suya.  
(Los soldados impiden que avancen más.)  
ISAAC (Con humildad hipócrita)  
¿Se puede estar aquí? Me estaré quieto.  
¡Oh! ¡La guardia imperial es gente noble!  
Cada cual en su sitio... Dios nos puso según su voluntad. (Protestas en el pueblo)  
MATEO Eso lo dices porque tú estás delante.  
JORGE ¡Que se quite!  
UNO Empujad.  
MATEO ¡Quietos todos!  
JORGE Sergio llega.  
ALEJO ¿Es Sergio? Hacedle paso, camaradas.  
ISAAC ¡Que no se mueva nadie!  
ALEJO ¡Hacedle paso!  
JORGE ¡Ven aquí!  
SERGIO Compañeros, ¡con qué fuerza me late el corazón!  
ALEJO ¡Ven, Sergio, abrázame!  
MATEO ¡Que viva Sergio! (Alboroto general.)  
SOLDS. ¡Atrás!  
ISAAC ¡Atrás, os dicen!

- SERGIO (Emocionado.)  
Los ojos se me nublan.—¡Hijos de Albia, hermanos! Hablaremos al agosto. Le veremos el rostro; y frente á frente pueblo y emperador, verá que somos dignos de que se escuchen nuestras voces, y de que al trono nuestras quejas suban.
- JORGE  
¿Y cómo es que nos llaman á nosotros que nada somos?
- SERGIO  
¿Nada? Que lo digan los que al emperador rodean, Jorge; pero tú, ¡un hombre libre! ¡un hombre hecho como todos los hombres!... Nuestras almas son lo mismo que el alma del agosto... ¡Levantad la cabeza, compañeros! ¡no humilleis vuestras frentes ante el trono!
- PAC.  
(Entre los grupos.)  
Dejadme ver al soberano.
- MATEO  
¡Apártate!
- ALEJO  
Es Pacomio, el mendigo.
- JORGE  
¡Fuera! ¡Fuera!
- Y OTROS
- SERGIO  
Todos somos iguales.
- ISAAC  
(Al soldado que tiene cerca.) ¡Eh, Soldado, la chusma se alborota... es mala gente!  
(El soldado no le hace caso.)
- SERGIO  
Adelante, Pacomio.
- PAC.  
(Pasando.) ¡Si me echais de todas partes!
- SERGIO  
Ven, hermano. Pasa.  
Todos te quieren bien. Sobre la tierra la sombra del agosto y de tu cuerpo iguales son, pues á los dos os mira el mismo sol desde la misma altura.
- PAC.  
¿Y en dónde está el agosto? ¡No le veo!  
¿Y aquella silla? (Por la del trono.)
- SERGIO  
(Irónico.) Mírala, Pacomio; mírala bien. El que se sienta en ella recibe su poder, que es sobrehumano y al punto se le extienden por el cuerpo fortaleza, virtud, sabiduría... y en nosotros, y en tí, y en todos manda.
- PAC.  
(Muy admirado.)  
Es decir, que si yo en aquella silla me llegase á sentar...

- MATEO  
Y OTROS } (Haciéndole reverencias.) ¡Viva el agosto!
- ISAAC } ¿Queréis callar? Si oyese esa palabras  
el agosto... ¡ay de vos!
- SERGIO } Y tú, ¿quién eres?  
(Haciéndole dar la vuelta.)  
Veamos: da la vuelta... ¡Linda cosa!  
¡Un judío!
- ISAAC } Lo fui.  
ALEJ } ¡Peor! Aparta.  
Seguramente dobla sus rodillas  
este vil renegado ante Nicéforo.  
Sí que las doblo.
- ISAAC }  
JORGE } ¡Fueal!  
ISAAC } ¡Es nuestro padre!
- ALEJO } Es un tirano, un vil. Tú le defiendes  
por las cuatro migajas que te arroja,  
¡perro!
- JORGE } ¡Pegadle!
- ISAAC } (Con miedo.) ¡Auxilio, que me empujan!
- SERGIO } ¿El nuestro padre? Dí que será el tuyo.
- ISAAC } ¡Sí, sí!
- SERGIO } ¡Gloria á tu madre, mal bastardo!
- Oye; tu emperador es como esos  
muñecos de los trigos, que no sirven  
ni para espantapájaros. Les hurtan  
los gorriones la borra para el nido;  
tejen en él su tela las arañas;  
por él suben y bajan las hormigas;  
y cuando el viento silba en torno suyo,  
el pobre emperador casi se troncha.  
Un galápago estaba el otro día  
arrodillado ante él, hocico en tierra.  
(Todos ríen señalando al judío.)
- PAC. } Yo nunca pude ver eso que llaman  
emperador.
- MATEO } (Burlándose.) ¿Y tú no te figuras  
cómo será?
- PAC. } ¿Yo? ¡Bah! La gente cuenta...  
y cuenta... Hay quien dice que parece  
un ángel por lo hermoso. Y otros dicen  
que de piedra es todo él, bajo el vestido  
cubierto de oro. Y otros aseguran  
que es igual que los pulpos... todo bocas.



SERGIO ¿Por qué os reís?  
MATEO (Burlándose.) Escucha: y cuando habla los muros tiemblan.

PAC. ¿Sí?  
JORGE Como lo oyes.  
Y cuando ríe, truenan allá en los cielos.

PAC. ¿Pero un emperador también se ríe?  
SERGIO Se ríe, sí, cuando su pueblo llora.  
PAC. Y los emperadores... ¿no se sabe...?  
JORGE ¿El qué?  
PAC. ¿De dónde salen?  
MATEO Muy sencillo.  
Se siembran... brotan, y después... (Todos ríen)  
PAC. ¡Me engañas!

SERGIO ¿Cómo vienen al mundo?  
SERGIO Como vienen todos los hombres; con igual miseria pies y manos al aire, y poco limpios.  
Yo no lo creo. Vienen de las nubes.

MATEO ¿A caballo?  
PAC. En un asno. (Algarazara general.)  
MATEO (Enfadado.) Hijos de Albia;  
SERGIO (No le escuchan )  
en el nombre del cielo. (Van callando.)  
¡Callad! La ira me quema el corazón. ¡Cómo! ¿Vosotros, mis hermanos, los hijos de Anatolia en peligro de caer entre las garras del tirano de siempre, ¡el bizantino! por culpa de esos que verdugos fueron del pueblo, y que la vida le chuparon; vosotros, cual de fiesta y rebosantes los pechos de alegría? ¡Hermanos míos! ¿Chusma de histriones sois, ó sois acaso hijos bastardos de la madre patria?

ALEJO (Muy conmovido y abrazando á Sergio.)  
¡Bien dicho, Sergio! ¡Yo soy de los tuyos!  
Y todos.

MATEO Todos no. Si fuera cierto,  
SERGIO ¿quién á pisar la patria se atreviera?

ALEJO Todos te seguiremos: Sergio, manda.  
SERGIO Entonces... á Nicéforo del trono yo mismo haré caer con estas manos que el hierro forjan en el duro yunque.



- ALEJO (A algunos del pueblo.)  
Es preciso que el pueblo se prepare  
y desarme á los nobles. Que lo sepan  
todos; corred la voz por esos grupos.
- MATEO (Comunicando á uno el proyecto.)  
¡Escucha tú... (Le habla al oído.)
- ISAAC (Volviendo á aparecer é interrogando á uno.)  
¿Qué pasa?
- SERGIO No; á este hombre  
nada digais; es un traidor. Le pagan  
para vendernos.
- ISAAC (A los soldados.) ¡Protejedme! ¡Auxilio!  
(En este momento sé oyen toques de clarín dentro del  
palacio )
- SOLD. (Con solemnidad.)  
¡Plaza al emperador!
- ALEJO (Al pueblo.) ¡Silencio!
- SERGIO (¡Oh, patria,  
tierra de mis abuelos y mis hijos,  
tuya es mi alma!)
- ALEJO (Muy conmovido.) ¡Oh, Sergio!
- SERGIO ¡Llegó la hora!

## ESCENA VI

NICÉFORO, HERACLIAS, GELASIO, DEMETRIO, NIKELAS, EL  
ABAD, LIVANIO, SERGIO, ALEJO, ISAAC, PACOMIO, JORGE,  
MATEO, CABALLEROS, SACERDOTES, SOLDADOS. Pueblo, hom-  
bres y mujeres

Al oírse el toque de clarines y después de salir algunos Soldados y  
Caballeros, aparece Nicéforo, joven, débil, intensamente pálido, sos-  
tenido por Nikelas (que es de color bronceado) y sube al trono. Los  
Caballeros se colocan á los lados. El Abad en lugar no muy visible  
y lo mismo Pacomio. Al lado de Nicéforo, una grada más abajo, He-  
raclias; Nikelas se coloca en el primer peldaño. Todos de pie. Los  
toques de clarín volverán á oírse y no cesan hasta que Nicéforo se  
haya sentado en el trono. Nicéforo comienza á hablar á Nikelas, á  
media voz, mientras sube las gradas

Nic. ¡Sostenme fuerte!... ¡más! Nikelas... ahora.  
¡Ah, maldición! ¡Si yo tuviera fuerzas!...  
(Cesan los clarines y habla Heraclias.)

- HER. ¡Oh, hijos de Albia! El agosto que por voto del cielo impera y rige la Anatolia, os congrega en las gradas de su trono y os demanda consejo. Está empapada en sangre nuestra tierra; cien combates os cubrieron de gloria, más la suerte adversa se ha tornado y hoy marchitos están nuestros laureles. De Bizancio crecen de día en día las legiones, si un esfuerzo no hacéis, si el pueblo todo, niños y ancianos, hombres y mujeres, monjes, enfermos... á la lid no acuden, si no se alzan las piedras, si cobardes el cerco no rompéis y campo libre no halla el emperador por culpa vuestra esclava de Bizancio la Anatolia volverá á ser; y abriéndose las tumbas los muertos se alzarán para escupiros, por malos hijos de la patria, al rostro.
- ABAD Señor: si la verdad queréis que os diga, creo que para el triunfo es ya muy tarde.
- HER. Callad vos; que hable el pueblo; en él confía el agosto.
- ABAD (Insistiendo.) Señor...
- HER. (Imperativamente) ¡El pueblo! ¡El pueblo!  
(El abad retrocede.)
- ISAAC ¡Gloria al emperador, hermanos, gloria!
- ALEJO (Volviéndose al pueblo.)  
¡A Nicéforo, no! ¡Gloria á la raza!
- ISAAC ¡Gloria al agosto! (Rumores en el pueblo.)
- ALEJO ¡No!
- SERGIO (A Isaac que se dispone á hablar.)  
¡Calla, mal hombre!  
(El pueblo sigue disputando en voz baja.)
- NIC. (Con voz cansada.)  
Heraclias...
- HER. Mi señor.
- NIC. (Con tedio.) ¿Qué hacen, qué dicen?
- HER. (Con ironía.)  
Calma, señor; el zumo de las vides vertido en el lagar, pronto fermenta; así en sus pechos hervirá la sangre; que no hay vino más puro y generoso que la sangre del pueblo.

SERGIO (A los suyos.) ¿Lo entendisteis?  
toda la patria, es más que un hombre solo;  
los hombres pasan; más la tierra nunca,  
la tierra es inmortal y encima de ella  
flotan eternamente nuestras almas.

ISAAC (En un grupo.)  
Hermanos, humildad.

ALEJO (En otro grupo.) ¡Altas las frentes  
y fuera miedo!

NIC. (A Heraclias.) ¿Y el judío qué dice?

HER. Trabaja bien. En el preciso instante  
dirá lo que convenga.

NIC. (Con tedio.) Heraclias, siento  
asco del pueblo vil y me sofoca  
el vaho sudoroso que despide.

HER. En ese vaho, señor, está el imperio;  
es el hombre, es la vida; todo un mundo;  
mundo que engendra y en el cual se siente  
la presencia de Dios.

NIC. Mas no responden.

Tu Dios me tiene miedo. Si crugiera  
de mi corcel el látigo en sus lomos,  
¡cual corriera ese Dios gradas abajo!

HER. Señor, ¡por el del cielo! ¡que no os vean  
reír!

NIC. No puedo más... Yo te los dejo.

(Va á levantarse. Heraclias lo contiene.)

HER. Perdido sois, augusto, si á la plebe  
abandonais en hora tan suprema.

NIC. Oh, sí, ¡sálvame Heraclias! Yo los amo...  
¡que me sostengan todos! que me salven...  
¡Por fuerza sean míos!

(Crecen los rumores del pueblo.)

HER. ¡Pueblo de Albia!

Nuestro excelso señor, se digna oírte.

(Rumores.)

Que hable en nombre de todos uno solo.

Ya lo sabéis, la patria está en peligro.

¿Quién lleva vuestra voz?

ISAAC Yo, señor.

SERGIO Habla.

Sólo por tí .. y yo por todos... luego.

ALEJO ¡Que hable Sergio!

ISAAC Yo tengo por mis años  
derecho á hablar... Ved blanca mi cabeza.

- ALEJO ¡Sergio!  
HER. (Queriendo imponerse.)  
¡Soldados!
- SERGIO (Avanzando y apartando á Isaac.)  
¡Fueia!
- ISAAC (Para que le defiendan.)  
¡A mí!
- HER. (A los soldados de la guardia para que defiendan á Isaac.)  
A ese hombre proteged.  
(Isaac queda sólo en el centro protegido por los soldados de la guardia.)
- SERGIO (Volviéndose al pueblo.)  
Esperad; cuando él acabe yo le contestaré.
- PUEBLO ¡Sí, sí! ¡Contéstale!
- SERGIO Le echaremos del trono.  
ISAAC (Arrodiliándose.)  
¡Augusto! ¡Excelso!  
Rayo de luz y flor del Paraíso:  
si mi voz temblorosa sube al trono  
es, ¡ay! de gozo porque tú la escuchas;  
de rabia porque están á nuestras puertas  
los invasores que la patria hollaron.  
Pero Albia es grande y siente fiero orgullo.  
Delante de sus muros ha caído  
vencida, es cierto, sí; pero ahora, todos  
iremos á luchar.  
(Rumores del pueblo.)
- SERGIO ¡Por la Anatolia!  
(Nicéforo no se puede contener y dice á Heraclias en voz alta.)
- NIC. ¡Que calle ese traidor!
- HER. (A Nicéforo.) ¡Calmaos!
- ISAAC ¡Guerral  
¡Corra la sangre generosa, hermanos!  
El pueblo de Albia, vuestro se declara  
y hoy la derramará para serviros.
- SERGIO ¡Por Nicéforo no!
- PUEBLO ¡Por la Anatolia!
- NIC. (Furioso.)  
¡Traidores! ¿Quién se atreve á interrumpirle?  
¡La patria la circunda mi coronal  
¡Yo soy la patria! ¡yo el imperio... todo!

¿Quién me niega el tributo de su sangre?

(Revolviéndose.)

¿Quién al emperador se la disputa?

SERGIO

(Avanzando.)

La tierra que es su madre. Es de la tierra,  
¡vuestra no!... Ella la da y á ella se torna.

NIC.

(Furioso. En pie.)

¡Soldados!

HER.

(A los soldados. Por Sergio.)

¡A ese hombre!

NIC.

(A los soldados, que lo sujetan.) ¡Encadenadle!

SERGIO

¡Hermanos!

NIC.

¿Quién se atreve á defenderle?

ALEJO

Llebadme á mí con él...

SERGIO

(Mientras se lo llevan.) ¡Hermanos míos!

NIC.

¡Al tormento los dos! ¡Pronto! ¡Al tormento!

(Los soldados de la guardia se llevan á Sergio y á Alejo.  
El pueblo se va aplacando, espantado por los gritos  
de Nicéforo.)

¡Yo vuestro dueño soy! Y aquí mis órdenes  
son como las de Dios. Vuestro destino  
tengo en mi mano... y sólo con moverla  
por tierra rodareis y en un instante  
para tragaros se abrirán las fosas!

(Instantes de silencio. Todos bajan la cabeza aterrados.)

¡De hinojos ante mí! Doblad las frentes...

¡y los ojos al suelo!

(Van arrodillándose poco á poco.)

Mira Heraclias...

(Satisfecho y sarcástico)

¡Miserables!

## ESCENA VII

Todos los anteriores (menos SERGIO y ALEJO). ANDRÓNICA. Al arrodillarse el pueblo, queda destacándose en medio de la multitud la figura de Andrónica, en pie con los brazos levantados

AND.

¡Oh! Dios de las alturas,

¿y Tú tamaña iniquidad consientes?

NIC.

(A Heraclias.)

¿Quién habló? ¡Una mujer! ¡Y no está en  
[tierra?



- AND. (A los soldados de la guardia, que quieren obligarla á arrodillarse.)  
¡Jamás delante de él!
- HER. (Al Emperador.) ¡Será una loca!  
ISAAC ¡Viva el emperador!  
(El pueblo no responde.)
- HER. (Imponiéndose.) ¡Oh, pueblo, viva,  
viva el emperador!
- PUEBLO (Dominado y sin entusiasmo; el grito ha de revelar más bien su consternación.)  
¡Vitor!
- NIC. (Con tedio.) ¡Alzaos!  
ISAAC ¡Oh, eterno! ¡Oh, augusto! Un viejo os da las  
[gracias  
por todos.
- AND. (Avanzando.) ¡No por mí! Yo elevo al cielo  
mis manos... ¡Que la cólera divina  
caiga sobre Nicéforo!
- NIC. (A Heraclias.) Es la loca..  
(A los soldados de la guardia.)  
¿Todavía está aquí? De mi presencia  
arrojad pronto á esa mujer.
- AND. ¡Tirano  
de nuestro pueblo: tú caerás vencido!  
¡Te sacarán los ojos!... La cabeza  
te arrancarán y cual sangrienta esquila  
de un can rabioso, la pondrán al cuello...
- NIC. (Tapándose espantado los oídos.)  
¡Oh, que calle, que calle!
- AND. ¡Y rebotando  
con la lengua colgante, cual si hiciese  
del aullido del cán escarnio y b-  
fa, vagando por los siglos de los siglos  
te verán en las noches tenebrosas  
á la cardena luz de los relámpagos,  
estremecidas de terror las gentes...!
- NIC. (Revolviéndose espantado en el trono.)  
Ahogad... ahogad la voz en su garganta.  
(Los soldados de la guardia se disponen á llevársela.)
- AND. No es locura, Nicéforo; yo sola  
puedo salvarte... ¡Es tiempo todavía!  
¡Dejadme! (Desprendiéndose.)
- HER. Sujeta d-la.
- AND. (Corriendo hacia el trono.) ¡Escucha, escúchame!



(Resistiéndose. El Emperador está como hechizado.)

¡Yo amo al emperador! ¡Me envía el cielo!

NIC.

(Como despertando. Enérgico.)

¡Quiero que hable!

AND.

(Pidiendo auxilio.) ¡Oh, Nicéforo!

HER.

¡Llevala!

NIC.

(En pie. Con imperio.)

¡No... soldados! ¡Traedla á mi presencia!

¡No es loca... no! ¡Viene de la otra vida...

y he de hablarla!

HER.

(A Nicéforo.) ¡Calmaos!

NIC.

Palpitante

sentí mi corazón... Saber ansío

por qué late agitado al escucharla

y descubrir la fuerza misteriosa

que hay en esa mujer. ¡Pronto! (Pausa.)

Responde

AND.

ó aquí mismo... (Furioso. Ha bajado del trono.)

(Alzando la cabeza.) Señor, ¿quereis acaso

verter toda la sangre de mis venas?

Mirad... mi débil cuerpo tiembla todo

á impulsos del pavor. ¡Pero qué importa!

la muerte damel... ¡Ya al venir sabía

que el tigre tiene garras!

NIC.

(A los Caballeros que van á herirla.) ¡Quién la toca!

AND.

(A Nicéforo.)

¡Pobre! Toda esta gente que me mira,

altos y humildes, cuantos te rodean,

sienten odio por tí. Yo, no; yo te amo;

yo, sin verte jamás, te conocía;

sé que vives sin alma y darte quiero,

¡oh augusto emperador, el alma mía!

¡Tómala! ¡Por mis ojos te contempla!

¡Yo sola puedo, emperador, salvarte!

¡Basta ya!

HER.

NIC.

No, dejadla. Se recrean

mirándola los ojos... Ved; los suyos

resplandecen lo mismo que los astros,

¡que dentro de sus ojos está el cielo!

(Los Caballeros disputan entre sí)

HER.

Señor, esta mujer nos ha ofendido

y su vida los nobles os reclaman.

AND.

(Corriendo hacia Nicéforo.)

¡Amparadme, señor!

- CABS. ¡Dadnos su vida!
- NIC. (Acabando de bajar las gradas. A Andrónica.)  
Ven.
- PUEBLO Entrégala al pueblo.
- NIC. (En medio de los grupos.) Fuera todos,  
nobles y plebe. Esta mujer es mía  
y es sagrada. ¡Apartad! (A ella.)  
¿Lo ves? Yo solo  
te salvo.
- AND. Sí, vos solo. (A los Caballeros.)  
¡Almas ruines!  
¿Secas tenéis las fauces? ¿Queréis sangre?  
¡Fuera de Albia buscadla!
- PUEBLO ¡Es cierto!
- HER. ¡Oh, iral
- CABS. ¡Muera! (Ella se estremece de miedo.)
- NIC. No tengas miedo. (A los Caballeros.)  
Respondedle  
con razones, (Protestas en favor y en contra )  
con hechos.
- HER. (Avanzando.) ¡Oh, la lengua  
le he de arrancar!
- AND. (Asiéndose á Nicéforo.) Señor, toda la culpa  
la tiene ese hombre, cuyo rostro espanta.
- PUEBLO Sí, toda.
- AND. El es la muerte del imperio,  
(Heraclias ríe.)  
la muerte está en su cara. Sí, es la muerte...  
(Heraclias se dirige á ella con la mano en el puño de  
la espada. Nicéforo le detiene poniéndole una mano en  
el pecho.)
- NIC. Ni un paso, Heraclias, ó al furor te entrego  
de la plebe.
- AND. ¡Señor, señor, miradle!  
Hedor su cuerpo exhala y envenena  
como el leproso el aire que respira.  
Sus ojos matan. Secas á su paso  
quedan las fuentes. Por el mundo esparce  
podredumbres de tumba. Yo le he visto  
en mis sueños, en forma de serpiente...  
Su cola á vuestro cuello se enroscaba,  
y en vez de corazón, aparecía  
la cabeza del monstruo en vuestro pecho.
- HER. ¡A mí los nobles de Albia!

NIC.

¡A mí la plebe!

(Los caballeros se detienen al avanzar el pueblo. Muchos plebellos llevan armas.)

Deteneos... (Al pueblo.)

(Nicéforo ha quedado mirando á los Caballeros frente á frente. Después mira á Andrónica.)

Y ahora, salid todos.

(Rumor general.)

Todos he dicho... el pueblo, la nobleza.

¿Y yo también, señor?

HER.

También.

NIC.

HER.

(Familiar.)

Nicéforo...

NIC.

Es el emperador quien lo ha mandado,  
y antes que nadie, obedecer os toca. (Pausa.)  
¡Obedeced! ¡Obedeced!

HER.

Seguidme.

NIC.

(Al pueblo.)

Y vosotros también... ¡Pronto! Soldados,  
quiero la soledad. Cerrad las puertas.

(Van saliendo todos.)

MATEO

¿Quién es esa mujer?

JORGE

(Burlándose)

Acaso salga

de un lupanar.

PAC.

(Indignado.) Es falso... Es la más pura,  
es la mujer más santa de la tierra.

## ESCENA VIII

ANDRÓNICA y NICÉFORO

NIC.

(Satisfecho.)

¡Lejos todos por fin!.. Mira: nosotros,  
y nadie más.

AND.

¡Y Dios!

(Quedan mirándose. Pausa.)

NIC.

(En voz baja.)

¡Y Dios! (Intimo.)

Ven, dime:

¿quién eres tú, mujer? ¿de dónde vienes?

AND.

(Cayendo de rodillas y llorando.)

¡Señor, señor, piedad para vos mismo,  
que os llevan á morir los que os rodean!

NIC.

Habla.

AND.

Yo creo en vos. Sobre ese trono

os quiero ver triunfante, hermoso, puro,  
vuestra la tierra de un confín al otro,  
y por cima de vos, tan sólo el cielo.  
¡La muerte, para mí!... ¡Misericordia  
para vos!

NIC. Sigue, sigue. ¡Ah! yo quisiera  
tenerte así, siempre á mis pies, esclava,  
y hacerte padecer para que llores  
y contemplar, como ahora, tu hermosura,  
(Con rabia y amor impetuoso.)

AND. bañada en los raudales de tu llanto.  
¡Oh, no me habléis así! No me entendéis,  
¡ay de mí triste!

NIC. Sigue... ¡si te escucho!  
¡si en tí todo mi ser bebe la vida  
que en torno tuyo resplandece, y siento  
que la aspiro en el aire! Tú estás hecha  
de cielo azul, de estrellas argentadas,  
(Ella, que está arrodillada, se va levantando con  
miedo.)  
rayos de sol, espuma de las olas,  
besos de ángel y esencia de las flores!

AND. (Llorando.)  
¡Ay, señor! ¿Será cierto que por dentro  
sois un cadáver?... ¿que vagais sin alma?  
(Apartándose con miedo.)

NIC. (Acercándose impetuoso.)  
No, no. La tengo, y con tu angustia goza,  
y tu angustia te hace todavía  
más grata á mis deseos. Ven, acércate,  
qué mis brazos te sientan. ¡Que me abraso  
(Rabioso.)

AND. por gustar de tus besos! Ven, no huýas,  
que de amor me consumo... ¡que te adoro!  
(Huyendo despavorida.)

NIC. ¡Señor!  
(Persiguiéndola furioso.)

AND. ¡Mi sangre quemal  
(Ya iracunda.) ¡No! ¡dejadme!

NIC. ¡Vida eres para mí! ¡dame la vida!

AND. ¡No! ¡jamás!

NIC. (Con risa salvaje.)

AND. ¡Ya eres mía! (Caen por tierra.)  
¡Suelta, monstruo!

- NIC. (Riendo con ferocidad.)  
Eres mujer, y hambriento de caricias  
estoy.
- AND. ¡Cobarde!
- NIC. (Forcejando.) ¡Ven... así! ¡en tu boca!
- AND. (Apartando la cara.)  
¡No! ¡no!
- NIC. (Besándola.)  
Ya te besé. (Riendo.)
- AND. ¡Sí! Me has besado  
y ahora vas á morir...  
(Luchando en tierra, ella se ha desprendido de él y le  
oprime el cuello con las manos.)
- NIC. (Con voz sofocada.) ¡A mí!
- AND. ¡Te ahogo!  
¡traidor, escupe el beso! ¡escupe el beso!...
- NIC. (Gritando con voz sofocada.)  
¡Auxilio!
- AND. ¡Muere, muere!
- NIC. ¡Ah! ¡que me ahogo!
- AND. ¡Suelta, monstruo! ¡Por fin! ¡Dios mío! ¡gra-  
(Logrando desasirse.) [cias!
- NIC. (Siempre en tierra.)  
¡Tienes mal corazón!
- AND. ¡Oh, miserable!  
caña podrida, ruina del Imperio;  
¡ruina de hombre y de bestia! ¡Ni cual bestia  
de una débil mujer triunfar pudiste!  
Me das horror, malvado; te creía  
un astro, y un gusano eres tan solo,  
un gusano nacido en aguas muertas  
que yo aplasté bajo mis pies... ¡qué asco!  
¡Y yo pensé que era una voz del cielo  
la voz que en mis oídos murmuraba:  
«llama á su pecho; es tiempo todavía;  
á él y á tu patria diles que despierten!»  
Y yo, ¡loca!, al oír que las campanas  
llamaban á consejo, decidida  
y sola, dejé el claustro... ¡yo! ¡Una monja!  
(Con desprecio. Enjugándose el llanto con rabia y arre-  
glándose las ropas en desorden por la lucha.)  
Perdóname, Señor; fué desvarío...  
á mi celda otra vez, y á rezar siempre  
por los muertos... (Dirigiéndose á la puerta.)



NIC.

(Cerrándole apresuradamente el paso.)

¡Espera! ¡no me dejes!

Que quiero que me escuches... ¡Que las lá-

[grimas

aquí dentro me queman! (Por el pecho.)

Tengo fiebre

de hablarte, de decirte... ¡no sé!... Oye;

no siento odio por tí; no, no; respeto.

Me hablaste como nadie me habló nunca.

Mujer... mujer... tú no eres de este mundo...

Mas no apartes los ojos; mira; escúchame.

(Con ira.)

¡Oh! ¡No me escucha! ¡Infierno, yo te invoco!

¡dame tu auxilio!

AND.

(Dirigiéndose resueltamente á la puerta por donde ha salido el pueblo.) ¡Basta!

NIC.

(Corriendo.)

¡Espera! ¡Espera!

¡Te lo pido por Dios! El alma mía

sólo tú si quisieras salvar puedes,

que aquí te envió Dios para salvarla.

(Vuelve Andrónica rápidamente.)

Escucha: me faltaba hace un instante

aire que respirar; si aliento ahora

sólo es por tus palabras que aletean

en torno mío como arrullos de ave.

¿Quién eres?... ¡no lo sé! Pero he sentido

de tu cuerpo al contacto, que mi alma,

mi ser todo, en el tuyo se fundía.

Y mira; ya está hecho tu prodigio

de diablo ó de Jesús... no lo sé... siento

que mis entrañas eran tierra seca;

¡viniste tú, y son ya, fuente de lágrimas!

Tú con tus manos cuando las crispaste

en torno de mi cuello, en él ponías

la argolla del esclavo. Dí, ¿qué quieres?

¿Quieres un trono que á las nubes se alce?

¿Quieres que en torno de tu frente gire

como una deslumbrante mariposa

eternamente el sol? ¿Quieres la tierra

ver postrada á tus pies? ¿Quieres que corra

la sangre á ríos, y que mares forme

y los montes cubriendo al cielo llegue

y los astros inunde, y embriagados

choquen, y hechos pedazos se disuelvan?



- AND. Señor, señor... oidme. Sólo os pido una cosa.
- NIC. ¿Y cuál es?
- AND. Señor, quisiera sólo, que fueseis bueno.
- NIC. Te lo juro... lo seré, lo seré, ¡Quiero que sean todos buenos por fuerza. En sangre y lágrimas [mas empaparé la tierra por lograrlo.
- AND. ¡Oh, no! Me dan horror vuestras palabras.
- NIC. ¿Horror? Pues dí .. ser bueno, ¿en qué consiste?
- AND. Señor; ser bueno es enjugar las lágrimas de los demás, para llorar de gozo.
- NIC. (Procurando entender lo que Andrónica quiere decir.) Sí... sí... llorar de gozo.. ¡Oh! ¡si estuvieras en mi trono sentada, y yo pudiese posar sobre tu falda mi cabeza delante de mi pueblo, congregado y sumiso á tus pies... Si tú llorabas, tus lágrimas de gozo aquí caerían (Por la cara.) mezclándose á mi llanto; y confundidos á impulsos del amor los dos raudales, brillarían entonces nuestras lágrimas como un sol que lanzara sus reflejos sobre el pueblo apiñado junto al trono!
- AND. ¡Señor! ¡Gracias, señor!
- NIC. ¿No me aborreces?
- AND. ¿Aborreceros? ¡No!
- NIC. ¿Tu nombre?
- AND. Andrónica.
- Mas despertemos ya, Señor; esperan pueblo y nobleza. Y fuera de los muros acecha el bizantino.
- NIC. ¡Y yo este trono que se derrumba, te ofrecía!
- AND. Aun puede ser fuerte si queréis.
- NIC. Manda, gobierna. ¿Qué quieres del agosto?
- (Ella va á hablar.) No lo digas. En presencia de todos quiero que hables... habla y yo te obedezco.

- (Con entusiasmo.) Antorcha eres  
que enciende el corazón.
- AND. Señor, miradme:  
¿quién soy yo para hablar?
- NIC. Todo. ¡Mi alma  
que no vino, al nacer, conmigo al mundo  
y el cuerpo que buscaba al fin encuentra!  
Dame tu mano y guíame, ¡te sigo!  
¿Ojos no tengo? Préstame tus ojos,  
mira y llora por mí... Y si me falta  
corazón, dáme el tuyo.
- AND. Tornar debo  
al claustro que me llama.
- NIC. Si me dejas,  
mujer, en este instante, á hundirme vuelvo  
en negra noche.
- AND. ¡Pues decid que vengan!
- NIC. (Dirigiéndose á la puerta por donde salieron los no-  
bles )  
¡Todos aquí! ¡Todos aquí! Soldados,  
vuelva mi alto consejo... ¡Aquí mis nobles!

## ESCENA IX

ANDRÓNICA, NICÉFORO y todos los Caballeros de las escenas ante-  
riores. Nicéforo y Andrónica están en medio de la escena. Nicéforo  
hablará mientras van entrando

- NIC. ¡Pronto, aquí, caballeros! ¡Las tinieblas  
huyeron ya! ¡Brille la luz del día!
- HER. Señor, no acierto á comprender...
- GEL. (A los Caballeros.) Parece  
otro el Emperador.
- NIC. (A Andrónica.) ¡Lo ves, no saben  
mirar la luz, Andrónica!
- HER. ¿Aquí dentro  
esa mujer aún?
- NIC. ¡Mi imperio salva!
- HER. (Con familiaridad.)  
¡Nicéforo!
- NIC. (Imponiéndose.) ¡El agosto!  
(A Andrónica.) ¡Mujer, sígueme!

- HER. Señor. . ¿á dónde vais?  
NIC. A dar al pueblo  
leyes de amor, leyes de vida; todo  
lo que vosotros nunca me enseñásteis...  
¡no me lo disteis... y encontré maestro!  
GEL. ¡El imperio escarnece!  
HER. (A Nicéforo.) ¡Eso es demencia!  
(Nicéforo se dirige al trono llevando de la mano á An-  
drónica que se detiene al pie de las gradas.)  
NIC. ¡Mirad, mirad! Con ella sube al trono  
la juventud, la vida, la hermosura,  
Dios, la bondad, el entusiasmo, el pueblo;  
mi corazón que se despierta y grita:  
«¡Si me quieres salvar, sígueme, Andrónica!»  
(Ella al oírle va subiendo, muy rígida la figura, las  
gradas del trono. Siempre de la mano del Emperador.)  
HER. (Queriendo impedirlo.)  
¡Oh, no será!  
DEM. ¡La majestad profana!  
NIC. (Subiendo.)  
¡Abrid paso!  
HER. (Subiendo un peldaño.)  
¡Ella no!... ¡Mujer, detente!  
NIC. (Volviéndose.)  
¡Esas puertas, soldados! ¡Paso al pueblo!  
HER. ¿Qué hacéis, señor?  
NIC. ¡Bajad la frente, Heraclias!  
(Andrónica se sienta en el trono con la cabeza baja.  
Nicéforo en pie.)

## ESCENA X

Los anteriores y todos los del pueblo, menos SERGIO y ALEJO; ocu-  
pan la escena rápidamente

- NIC. Caballeros: vosotros sois mi guardia  
de honor. La de ella, el pueblo. Ya es mi  
[trono  
una gloria, un altar. ¡Sobre él extiende  
un ángel tutelar sus blancas alas!  
(Los caballeros quedan aterrados y silenciosos.)

- JORGE (A media voz.)  
¡La novicia en el trono!
- MATEO (A media voz.) ¡Y lleva el hábito  
del Santo Grial!
- PUEBLO (A media voz.) ¡La loca!  
PAC. No. ¡La santa!  
Yo la conozco, hermanos. Siempre ha sido  
el ángel de los pobres. Es Andrónica.  
(Todo lo anterior lo dicen mientras van entrando.)
- NIC. ¡Escuchad, hijos de Albia! Yo os demando  
perdón por mis errores.
- HER. (A los Caballeros.) ¡Está loco!  
NIC. ¡Perdón, perdón!
- PUEBLO ¡Milagro!  
(Rumor entre los nobles.)  
NIC. (Con firmeza.) Una y cien veces  
se lo pido á mi pueblo.
- PUEBLO ¡Viva Andrónica!  
NIC. ¡Que escuche la Anatolia, pueblo mío!  
Andrónica: purísimo incensario,  
mirra del cielo eres, yo una brasa...  
¡haz que el incienso hasta las nubes suba!  
(Hablará Andrónica en pie con voz humilde, mirando  
primero á Nicéforo; después fija la mirada en el cielo.)
- AND. ¡En el nombre de Dios!... ¡Que las prisiones  
abran sus puertas á los hijos de Albia  
de par en par!... Que cesen para siempre  
los terribles tormentos y que sean  
hermanos de los grandes los humildes!  
¡Que en medio de la plaza, en una hoguera,  
del martirio cruel los instrumentos  
destruya el fuego!
- NIC. ¡Pronto! ¿Qué os detiene?  
¡Sus mandatos cumplid con la presteza  
del rayo mismo!  
(Salen algunos soldados y nobles.)
- PUEBLO ¡Viva! ¡Viva Andrónica!  
OTROS ¡Viva la santa!  
OTROS ¡El ángel!  
(Entretanto los nobles inmóviles y aterrados. Andróni-  
ca prosigue, como inspirada del cielo.)
- AND. ¡Hijos de Albia!  
¡Oh, pueblo! ¡Oh, caballeros! Nuestra patria  
está en peligro; al despuntar la aurora

cercará el enemigo nuestros muros.  
¡Oh, hermanos, despertad! Un pueblo libre  
por el linaje sois. ¡Nunca la frente  
ante Bizancio la Anatolia incline!  
¡Que luce valerosa; que deshaga  
el poder enemigo; que se junten  
en apretado haz los anatólios,  
todo el que sienta arder dentro sus venas  
el fuego de la patria; ricos, pobres,  
acudid como hermanos al combate!

NIC.

Obedecedla... obedecedla todos  
y la patria se salva.

(Se ha ido propagando el entusiasmo.)

GEL.

¡Sí; ¡a salvarla!

## ESCENA XI

LOS ANTERIORES, SERGIO, ALEJO y otros prisioneros ya en  
libertad

SERGIO

¡Sí! ¡Salvémosla, hermanos!

PUEBLO

(Con gran alegría.)

¡Sergio! ¡Sergio!

ALEJO

Las prisiones se abrieron.

PUEBLO

¡Viva Andrónica!

AND.

¡Señor! Están muy lejos de nosotros;  
la soledad me asusta...

NIC.

Dí, ¿qué quieres?

AND.

Yo quisiera, señor, que os rodearan,  
que se acercaran más.

NIC.

¡Pueblo, adelante!

¡Fuera la guardia! Descendamos juntos  
para encontrar al pueblo. Ven, Andrónica.

(El Pueblo mezclándose con los Caballeros, que siguen  
el movimiento general aunque con cierta rigidez toda-  
vía, invade el escenario. Nicéforo y Andrónica bajan  
algunas gradas. Todos los rodean, pero conviene que  
sus cabezas sobresalgan por encima de la multitud.  
Se advierte que no están entre los grupos el Abad,  
Liviano y Pacomio.)

PUEBLO

¡Adorémosla todos!

OTRO

¡Sí... que es santa!



- AND. ¡Viva el agosto, el pueblo, la nobleza,  
la Anatolia del alma!
- NIC. ¡La Anatolia!
- AND. ¡Sois cada uno una hoja: el árbol todos!
- TODOS ¡Viva!
- NIC. ¡Pueblo! ¡A las armas! ¡A la lucha  
contra Bizan' i . . .
- SERGIO } ¡Guerra al bizantino!
- MATEO } ¡Muera! ¡Muera!
- Y OTROS }
- NIC. ¡Oh, Andrónica! Tú sola  
hoy mi corona salvas y el imperio.  
Y ahora, señor, adiós. ¡Adiós, por siempre!
- AND. ¡No! ¡No! Jamás, jamás... Cerrad las puertas,  
tú no te puedes ir. ¡Cerrad os digo!
- NIC. ¡Pasol!
- AND. Yo te entregué mis prisioneros  
por uno solo... ¡tú!
- NIC. Señor, al claustro  
debo volver. Cuando en peligro estéis  
en el claustro buscadme...
- AND. ¡Viva Andrónica!
- PUEBLO (Andrónica pasa entre los grupos mirando al cielo.  
Cuando sale se sigue oyendo el clamoreo de fuera que  
se va apagando hasta el momento de caer el telón.)  
¡Señor!...
- AND. ¡Se va! ¡se va! ¡La quiero, Heraclias!
- NIC. ¡Calma, señor!
- AND. ¡No, calma, no! ¡la quiero!
- NIC. Es mi vida, es mi alma; al alejarse,  
el monstruo vuelve á ser. Mi pecho siento  
otra vez lleno de maldad sin ella...  
(Gritando con desesperación.)  
¡Esa mujer!... ¡esa mujer!... ¡Andrónica!  
(El Pueblo y los Caballeros han ido saliendo detrás  
de Andrónica.—Fuera se oye gritar: «¡Viva Andróni-  
ca!» mientras cae el telón.)



- LIV. Albricias, pues. ¡Al fin caerá vencida hoy mismo la ciudad!
- ABAD ¡Que el cielo os oiga!
- LIV. ¿El asedio querían? Pues sitiadas las murallas están. Ayer el monstruo pudo salvarse aún, cuando el mandato de aquella extraña monja obedeciendo las prisiones abrió. Pero hoy, Heraclias el amo vuelve á ser.
- ABAD Sí, mas si Andrónica torna al emperador...
- LIV. Se ablandaría el malvado al oirla. Y cuando ella se alejase otra vez, de nuevo Heraclias volvería á mandar.
- ABAD ¿Y si la monja no le dejase?
- LIV. Entonces...
- ABAD ¿Y si el monstruo la toma por esposa? Ella es novicia y él con ojos de fuego la miraba. .
- LIV. En ese caso, Abad, perdido todo para nosotros fuera, porque el pueblo ..
- ABAD Livanio, el pueblo es todo fanatismo; como el sol al lucir sobre la tierra surgió ante sus miradas esa virgen. Ya lo vistéis ayer; corre la plebe en tropel por las calles y alborota gritando que en el trono ha de sentarla; y en pos de esa mujer, si ella la pide toda su sangre el pueblo vertería.
- LIV. ¿Y qué hacer?
- ABAD Que del claustro nunca salga y cueste lo que cueste, que no vuelva á pisar el palacio de Nicéforo.  
(Se oye el rumor del pueblo.)

## ESCENA II

EL ABAD, LIVANIO y DEMETRIO

- DEM. Ya lo oís, caballeros, todavía á la monja las turbas vitorean.

- ABAD Y eso no es todo: gritan ferózmente  
«Muera el emperador.»
- DEM: ¡Ay de nosotros!  
Se ha impuesto Heraclias, y órdenes ha dado  
de que empiecen de nuevo los castigos  
y á su prisión los libertados vuelvan.  
(El Abad y Livanio se miran satisfechos.)
- LIV. Si no cuenta el augusto con la plebe,  
perdida está la causa de Anatolia.

### ESCENA III

HERACLIAS, EL ABAD, LIVANIO, DEMETRIO, GELASIO que viene  
con Heraclias y otros caballeros

- HER. ¿Por qué, Livanio? Es buena vuestra espada,  
pero hay luchas por vos no conocidas.  
¡No con halagos se domina al pueblo!  
Frente á frente á Nicéforo le puse  
y el pueblo se embriaga y se entusiasma  
por una loca que encontró á su paso.  
¡Al pueblo á latigazos se le doma,  
que el látigo le inclina á la obediencia!  
¡Cierto, señor! Decís muy bien.
- ABAD  
GEL. No siempre,  
que ahora á los suyos libertar procura.
- HER. Son fuertes las prisiones, y las guardan  
nuestros leales. Escuchad, Livanio:  
Albia se salvará. Dentro de un hora  
se alzaré esa canalla envilecida  
contra los bizantinos. Ya mis órdenes  
por toda la ciudad se han pregonado.  
¡A la lucha la plebe! ¡A las murallas!  
¡y el que se niegue á ir, pierda la vida!
- DEM. ¡Armar al pueblo cuando ciego de odio  
está contra Nicéforo!...
- HER. Las armas  
recibirán al pie del mismo muro.
- LIV. ¿Y el augusto lo aprueba?
- PUEBLO (Fuera.) ¡Viva Andrónica!
- HER. Nicéforo en su lecho se revuelca  
y á gritos pide con furor y angustia  
que venga esa mujer, ese demonio

que todo lo ha revuelto. Mas yo os juro  
que aquí no ha de volver, pues manda He-  
[raclias.

GEL. El agosto se acerca.

HER. (A los Caballeros.) Salid todos.

#### ESCENA IV

NICÉFORO, HERACLIAS, EL ABAD, LIVANIO, GELASIO, DEMETRIO, NIKELAS y otros CABALLEROS

NIC. ¿Quiénes son los que salen? ¡Aquí todos!

HER. Sus órdenes cumplid. ¡Volved!

NIC. Gelasio,

á mi lado. Ven tú también, Demetrio.  
Todos en torno mío. ¿Es que queréis  
dejar solo al agosto?... Rodeadme,  
que cuando solo estoy mi frente estalla,  
¡que no caben aquí mis pensamientos!  
¡que aquí dentro se forja la tormenta,  
y por mis ojos secos y abrasados  
el rayo centellea!

HER. Os ruego, agosto,  
que descanséis.

NIC. ¡Oh! ¡sí! ¡siempre lo mismo!  
¿Mas descansar de qué? ¡Cansad mi cuerpo,  
que le fatiga el descansar!

HER. Yo guardo,  
señor, vuestro reposo y vuestra dicha.

NIC. ¡Mi dicha! ¿Y dónde está? La dicha mía  
me la ha enseñado esa mujer, que luego,  
ladrona de mi bien, huyó con ella.

HER. Esa mujer, señor, os empujaba  
á la fosa.

NIC. No, al cielo; que ella sabe  
la senda que á él conduce. Vos teneis  
petrificada el alma. La hoja seca  
caiga del árbol verde que en él daña  
á los tiernos retoños que despuntan.  
Lo siento aquí, (Por la cabeza.)

mas yo no sé explicarlo...

Hay algo, hay algo que á los pueblos salva;



la juventud, el amor, la savia nueva  
que todo lo fecunda y vivifica,  
que es perfume y matices en las flores  
polen de oro en el árbol, puro germen,  
esencia misteriosa de la vida  
que aquí en mi corazón se llama Andrónica.

(Heraclias ríe con sarcasmo.)

¡Cómo hiela esa risa! Hasta mis huesos  
la siento penetrar... ¡tiemblo de frío!  
¡Oh, sacadme de aquí! ¡Dadme la vida!  
¡Dadme un poco de sol que me caliente!  
¡Dadme á Andrónica! sí... porque á su lado  
me siento revivir...

(A Heraclias que acude á sostenerlo.)

Vos, no. Dejadme.

HER. Es la fiebre, señor.

NIC. (A los Caballeros.) Corred, que traigan  
mi litera.

HER. ¡Señor!

NIC. ¡Quiero más aire!

HER. Voy en pos de mi alma; busco á Andrónica.

HER. Bien está. Pero sepa el soberano  
que pidiendo la vida del augusto  
va por las calles en tropel la plebe.

NIC. ¿Por qué el puñal no clavan hasta el alma  
á los traidores que mi vida piden?

HER. (Sarcástico.)

¡Si el augusto lo manda!

NIC. ¡Oh, sí, lo mando!

GEL. Mas ved que son los mismos que de Andróni-  
[nica  
el nombre aclaman...

NIC. ¡Esperad! ¡Es cierto!

Quiero que el pueblo me la traiga en triunfo.

DEM. ¿A dónde vais, señor?

ABAD. Dejadle.

NIC. (A los Caballeros.) Paso.

(En el momento de acercarse á la ventana, se oye el  
clamoreo del pueblo, que no llega á verle.)

PUEBLO { ¡Muera el emperador!

¡Muera!

HER. (A los Caballeros.) Es preciso  
que le hable á solas. Caballeros, pronto,  
salid. (Salen los Caballeros.)

- ABAD. (A Livanio.)  
¡Ay, de nosotros si ella vuelve!
- LIV. Calma, no volverá; lo impide Heraclias.
- NIC. (Por qué el pueblo me odia, si yo amo  
a Andrónica también? A la del pueblo  
quiero juntar mi voz.)  
(Se dirige resueltamente á la ventana, deteniéndose  
de pronto.)  
¿Y si me asestan  
un dardo? ¡Ah! desde dentro!... ¡Viva Andróni-  
[nica!  
(Ha intentado gritar, pero la voz ha quedado sofoca-  
da en su garganta.)

## ESCENA V

NICÉFORO y HERACLIAS

- HER. Señor. (Nicéforo no le oye.)  
Señor. (Poniéndole la mano en el hombro.)
- NIC. (Volviéndose con altanería.)  
¿Quién me ha tocado?  
(Con humildad.) ¡Heraclias!
- HER. Yo, sí.
- NIC. ¡Mirad, mirad! ¡Oh, cuánta gente!  
Más ahora huyen.
- HER. No. Nuestros leales  
empujan á la plebe á campo abierto.  
¡Ya veréis cómo lucha!
- NIC. ¡Sí, sí, corren!  
¡Viva Andrónica!
- HER. Basta ya de farsa,  
señor.
- NIC. No os quiero oír.
- HER. Es necesario,  
me escucharéis.
- NIC. Si Andrónica estuviese  
á mi lado, yo os juro por mi nombre...
- HER. ¡Niño! ¿qué puedes tú? Si te dejara,  
¡ay de tí!
- NIC. ¡Dadme á Andrónica! ¡Oh, si logro  
á su lado llegar!... (Amenazándole con el puño.)
- HER. Oye, Nicéforo...

NIC. Yo soy tu emperador; soy el agosto.  
HER. Pues óigame el agosto; aunque tormento  
diéseis al mundo entero por lograrlo,  
no haréis de esa mujer vuestra manceba;  
y esposa vuestra no ha de ser tampoco  
mientras aliente yo.

NIC. ¡Callad, Heraclias!

HER. (Soberbio.)

Porque soy yo quien rige la Anatolia;  
¡yo solo quien impera y quien domina!  
¿Y tú quién eres? mísero juguete  
que muevo á mi capricho entre mis manos...  
¡Si las abro algún día, si te dejo,  
en polvo ruin te desharás por tierra!

(Nicéforo retrocede tambaleándose como si fuera á caer.)

NIC. (Apollándose en un mueble.)

¡No puedo más! Las fuerzas me abandonan.

HER. (Sarcástico.)

Ved al excelso, al grande, al que soberbio  
manda en los elementos y en los hombres...

NIC. ¡Oh, no! Yo no soy nada. En vez de sangre  
hielo tan solo corre por mis venas

y me falta valor. ¡Oh... me doy ascol!

HER. Y á esa mujer no la verás ya nunca.

NIC. (Con cierta energía.)

¡Eso sí! Aunque tuviera que arrastrarme  
llegaré á donde está.

HER. ¡Nunca!

NIC. ¡He de verla!

HER. ¡Malvado!

NIC. ¡Y siempre lo dirá mi boca!

¡La veré!

HER. ¡Miserable!

NIC. ¡Sí!

HER. Pues oye:

tú decretas su muerte.

(Recobrando toda su energía.)

NIC. ¡Oh, no!

HER. ¡He de dártela!

¡la tendrás! Pero fría, blanca, inerte,  
un nudo al cuello, ensangrentada, ¡muerta!

NIC. ¡Oh, tigre! ¡Oh, Satanás! ¡Oh, Judas! ¡Si osas  
tocar sólo á un cabello de esa santa,

te arrancaré los ojos y la lengua,  
y en tus entrañas clavaré mis uñas!  
¿Contra ella tú? ¡Ni el rayo de los cielos,  
ni olas gigantes que hasta el sol llegaran  
ni Dios, aun siendo Dios, nada podrían!  
¡Yo la defiendo, yo! ¡Yo la defiendo!  
¡Y mira si te temo, que te escupo!

HER. (Lanzándose sobre el Emperador ciego de rabia. Luego reportándose.)

¡Nicéforo!... Peor que un vil esclavo  
mis beneficios pagas!

NIC. (Amenazador.) ¡Ven! ¡Cobarde!

## ESCENA VII

NICÉFORO, HERACLIAS, GELASIO, DEMETRIO, THEÓFILO,  
el ABAD, LIVANIO, NIKELAS y CABALLEROS

THEÓF. Traigo nuevas del pueblo.

HER. (Satisfecho.) Ya mis gentes  
fuera de la ciudad le han conducido,  
ya no grita, escuchad.

(Al acabar de decirlo se comienza á oír el rumor del  
pueblo que se acerca.)

NIC. (Esperanzado.) ¡Oh, el pueblo!

HER. (Sorprendido.) ¿El pueblo?

GEL. ¡En tumulto se acerca!

HER. ¡Es imposible!

NIC. ¡Vienen!

HER. ¿Qué pasa?

THEÓF. Que los nuestros huyen.

(Los Caballeros hablan entre sí.)

HER. (Mirando por la ventana.)

Y vienen hacia aquí... (Con rabia.)

NIC. Huyen del pueblo  
que los persigue!

HER. ¡Oh, Dios! ¡Y traen armas!

DEM. ¡Señor, en rebelión llega la plebe!

PUEBLO (A lo lejos.)

¡Viva Andrónica!

NIC. (A media voz.) ¡El pueblo! ¡El pueblo! ¡Viva!

HER. ¡Si viene contra vos, cerrad las puertas!

(Salen algunos Caballeros.)

Luchan delante de palacio. ¡Vamos!

(Salen los Caballeros menos Nikelas.)

NIC. Nikelas, ¿eres mío?

NIK. ¡Sí!

NIC. Pues mata

á Heraclias.

(Nikelas hace un movimiento de indecisión.)

NIK. ¡Oh, señor!

NIC. Ven, ven. Acércate. (Le abraza.)

NIK. ¿Qué hacéis?

NIC. Te abrazo. ¡Sálvame!

NIK. (Decidido.) ¡Soy vuestro!

NIC. ¡Ahora sin él, Andrónica!

ABAD (Entrando.) Escuchadme;

preciso es ya que la ciudad se entregue.

NIC. No, que ahora triunfaré.

ABAD Nunca.

NIC. Servidme;

id al convento, Abad; decidle á Andrónica

que me venga á salvar. ¡Deprisa!

ABAD Corro...

(En mis redes caerás.) (Sale.)

GEI. (Entrando por otra puerta.) Señor, salvaos,

que hacen saltar la puerta.

NIC. (Como si le absorbiera una sola idea.)

¿Ha muerto Heraclias?

DEM. (Entrando.)

¡Señor, que llega el pueblo!

NIC. ¿Aun está vivo?

DEM. Dentro está de palacio. ¡Huid!

THEÓF. ¡Ya ganan

la escalinata, huid!

NIC. (A Theófilo.) ¿Murió?

THEÓF. ¡Salvémosle!

NIC. ¡Quiero vivir, quiero vivir! ¡Andrónica!

¿dónde estás? ¡Voy á tí! ¡Quiero mi alma!

(Telón.)

La mutación ha de ser rapidísima. Al caer el telón se oye gritar: «¡Muera el emperador! ¡Muera el Augusto!» Luego sigue resonando el clamoreo de la plebe, ya más lejano. Momentos antes de alzarse de nuevo el telón. se oye la campana del convento. Silencio al comenzar el segundo cuadro



## CUADRO SEGUNDO

Estancia grande de un monasterio de monjas. Todo el fondo aparece cubierto con una cortina azul, á través de la cual se ve vagamente un altar con las luces apagadas, menos la de una lámpara que pende del techo. Es de mañana. El espacio que ocupa la cortina debe ser de extremo á extremo de la escena. El cuadro plástico con que termina el acto es de mucha importancia. ¡a cortina habrá de tener la transparencia necesaria para el efecto del cuadro

### ESCENA PRIMERA

EL PADRE JUAN y SOR MARÍA

SOR MAR. ¡Ay, padre Juan, que miedo! todavía estremecida estoy. ¡Ay, Virgen pura!

P. JUAN ¿Y Andrónica?

SOR MAR. Reposa desde anoche inmóvil sobre el lecho, y se dijera que está dormida; mas los ojos tiene abiertos, fijos, y de cuando en cuando cosas dice que nadie entender sabe.

P. JUAN ¡Pobre An trónica! ¿Quién se atrevería á levantar su voz ante el augusto como ella se atrevió? ¿No habéis oído todo lo que se dice? Muchos creen que es un ángel del cielo y que tornose de nuevo al paraíso.

SOR MAR. (Bajando la voz.) En el convento no sabíamos nada. La creíamos dentro de la clausura y en su celda, cuando á la media noche, ¡santa madre de Dios! ¡Qué vocerío ante estos muros! Nos levantamos prestamente; y luego, sin saber lo que hacer, despavoridas, nos arañamos todas en el claustro. Lllaman. ¿Quién podrá ser á tales horas? «Abrid» —dijo una voz. —Era la suya. Y abrimos. Y al cerrar, de nuevo suenan del claustro haciendo retemblar los muros voces de hombre, gritando: ¡Viva Andrónica!



P. JUAN Diles que entren.  
(Sale Sor Elena)  
SOR MAR. ¡Padre, Padre!  
¿Y si á matarnos vienen? (Llorando.)  
P. JUAN Hija, déjanos.  
SOR MAR. Ya llegan. ¡Ay, qué miedo! (Yo he de oírles.)  
SOR EL. (Desde la puerta.)  
Por aquí. Entrad, entrad.

### ESCENA III

PADRE JUAN, SERGIO, ALEJO, MATEO y algunos otros. Sor Elena y Sor María amedrentadas pero curiosas, en un extremo de la escena.

SERGIO Padre, queremos  
ver á Andrónica.  
P. JUAN ¿Y quienes sois vosotros?  
SERGIO Los que ayer, en palacio, entre las garras  
cayeron de Nicéforo... Y Andrónica  
la vida nos salvó.  
ALEJO Y ahora venimos  
á decirle que el pueblo de Albia es suyo.  
P. JUAN ¡Ah, sí!... Si es una santa.  
MATEO (A Alejo.) ¿Ves?  
ALEJO No, un ángel.  
SERGIO Ni ángel, ni santa. Una mujer tan solo.  
(Rumores.)  
Y lo vuelvo á decir. Pero es que Andrónica  
vale siendo mujer, más que valdrían  
todos los hombres de la tierra juntos.  
¡Toda ella es gloria y luz! ¿Dónde está?  
[¡Pronto!  
Compañeros, venid, que hemos de hablarla.  
P. JUAN ¿Hablarla? ¿Y para qué?  
SERGIO ¿Y aún lo pregunta?  
Para decirle á Andrónica, por estos  
y por todos, que el pueblo quiere hacerla  
*su emperador*; y quiere ver caído  
á ese mal hombre, lepra de la patria.  
¡Eso! que la adoramos. Que por ella  
pasaremos la vida de rodillas

si nos lo manda y con los labios puestos  
en el polvo que pisa. Y si ella quiere  
nuestra sangre, decirle: «Es tuya, Andróni-  
[nica.»

Mas monja no has de ser; si te haces monja  
nos robas lo que es nuestro, porque tu alma  
es el alma del pueblo. «¡Compañeros,  
vamos pronto á decírselo!»

ALEJO ¡Sí, vamos!

MATEO ¡Vamos deprisa!

P. JUAN ¡Deteneos!

SERGIO Padre.

¿Dónde está? (A Sor María y Sor Elena.)

Estas lo saben. ¡Que lo digan!

SOR EL. ¡Auxilio! (Espantada.)

SOR MAR. ¡Padre Juan!

P. JUAN (Conteniendo al pueblo que avanza hacia la puerta en  
donde están las monjas.)

¡Hijos, oídmel!

SERGIO (Al Padre Juan, deteniéndose.)

¿Por qué lloran? (A las monjas.)

¡Por Cristo! Sed como ella,  
tened pecho y servid de algo en el mundo!

(Huyen las monjas, gritando, desfavoridas.)

P. JUAN ¡Oh, qué tumulto aquí!

SERGIO (Al Padre Juan.) Que venga Andrónica.

P. JUAN ¡Hijos, por caridad!

SERGIO Haced que salga.

En nuestros brazos vamos á cogerla  
quiera ó no quiera para darla al pueblo...

P. JUAN ¡El templo respetad!

SERGIO Fuera se encuentran

á millares los nuestros. Yo soy fuerte,  
(Alzando los brazos como para demostrar su vigor.)

mirad... cogerla puedo cuál se coge

un brazado de flores y ponerla

sobre mi pecho que es su altar. ¡Ya siento  
latir el corazón. sólo pensando

que he de llevar sobre él tan dulce carga!

P. JUAN Por el amor de Dios...

SERGIO (Apartándole.) ¡Seguidme todos!

## ESCENA IV

ANDRÓNICA, PADRE JUAN, SERGIO, ALEJO, MATEO, algunos del pueblo, SOR MARÍA y SOR ELENA. Andrónica ha aparecido saliendo por detrás de las otras monjas que lloran asustadas y avanza serena dos pasos. Sergio y los suyos quedan como fascinados sin atreverse á decir nada

AND. ¡Heme aquí ya! ¿Qué me queréis?... Decidlo.

SERGIO ¡Es ella!

ALEJO (A Sergio.) Háblale tú.

P. JUAN (Para que no avance.) Detente, Andrónica.

AND. ¿Preguntábais por mí?

SERGIO (Como fascinado.) Por vos, sí...

P. JUAN Quieren  
arrancarte de aquí por fuerza.

AND. Padre,  
al pueblo no temais; es bueno y vierte  
su sangre generosa por la patria,  
que es el más puro amor de los amores.  
Todo lo que habéis dicho, hermanos míos,  
yo lo escuchaba.

SERGIO ¿Oís? Nos llama hermanos.

AND. Y os lo agradezco con el alma entera,  
que ya no es libre como ayer. ¡Ay, Padre,  
yo debo hablar con vos.

P. JUAN ¡Hija querida!

AND. Y á vosotros os pido que mi angustia  
respetéis, porque ya no soy aquella  
que fué al palacio del agosto. Un dardo  
al pecho me asestaron, y ¡ay! le llevo  
aquí dentro, clavado en las entrañas.

SERGIO ¿Herida vos? ¡Muera el tirano! Os juro...

AND. ¿Qué dices, Sergio? ¡No! Ya no es tirano;  
ha conocido el bien; es otro hombre.

SERGIO Os engaña el traidor; de nuevo el monstruo  
á su pueblo encarcela y martiriza.

AND. ¡Nicéforo! ¡Mentira!

P. JUAN Es cierto. Apenas  
su cámara dejaste cuando el mísero  
tornó á su crueldad.

ALEJO

SERGIO

¡Es vil!

Pedazos



hemos de hacer su cuerpo, y sus despojos  
al muro arrastraremos.

AND.

Yo os prohibo  
que á su vida atenteis... ¡Sépanlo todos!  
Habladle vos al pueblo. ¡Venid!

SERGIO  
P. JUAN  
SERGIO

(Deteniéndola.) ¡Hija!  
¡Ah! si viniéseis con nosotros ahora,  
¿quién nuestro empuje detener pudiera?...  
¡Venid! ¡Por nuestra patria os lo pedimos!

ALEJO y  
OTROS }  
SERGIO

¡Sí, todos, todos!

La Anatolia os llama,  
venid. ¡Por nuestros hijos, por los muertos  
que se estremecen dentro de sus tumbas  
al sentir que se acerca el bizantino  
hollando el suelo de la madre patria!  
¡Por Dios Padre, venid!

AND.

Por El os juro  
que si El lo quiere os sigo, mas dejadme  
hablar con El. Y si El lo manda, el claustro  
dejaré para siempre. Hermanos míos,  
¿tenéis fe en mí?

PUEBLO  
SERGIO

¡Sí, todos, todos!

¡Ciegal  
Mas dejadnos besar tan solo un pliegue  
de vuestra vestidura.

AND.

¡Ah, no! La mano.

(Ofreciéndosela.)

SERGIO  
AND.

¡Tocarla con la mía! (Sin atreverse.)

(Acercándose con la mano extendida.)

Sí...

SERGIO  
AND.

(Con gran emoción.) ¡Yo muero!

(Acercándole la mano á la boca.)

¡Tienes un alma grande!

SERGIO  
AND.

(Besándole la mano. Entusiasmado.) ¡Desde ahora!

(Dando á besar su mano á los otros.)

Son buenos compañeros. Id.

ALEJO  
AND.

¡Oh, gracias!

(Abrazándose llorando al Padre Juan.)

¡Padre!

ALEJO

(Al pueblo, saliendo.)

¡Pero Nicéforo que mueral

SERGIO

(Saliendo el último.)

Llevo aquí su calor... ¡Oh, qué alegría!

## ESCENA V

ANDRÓNICA y el PADRE JUAN

AND. (Rápido y con emoción.)  
Escuchad, Padre Juan.

P. JUAN

¡Oh, sí!...

AND

Y de prisa.

Desde que he vuelto al monasterio y sola  
me he encontrado en mi celda, estoy lu-  
[chando,

pero vencida ya, vengo á decíroslo:  
monja no puedo ser, no quiero serlo:  
sépanlo la abadesa y mis hermanas.  
Que el altar no iluminen, que me arrojen  
pronto fuera de aquí, porque he pecado,  
y estoy pecando; porque el cielo, Padre,  
no está en mi corazón; siento con rabia  
que en lugar de mi Dios, pienso en un  
[hombre.

P. JUAN

Andrónica, ¿qué dices?

AND.

Escuchadme.

Tocaban á rebato, padre mío,  
las campanas ayer... Era que al pueblo  
llamaban á consejo. El suelo patrio  
hollaba el invasor. Y parecióme  
que Jesús me decía: «Arda, predica  
el amor á los hijos de Anatolia.»  
y dejé el monasterio henchido el pecho  
de amor á mis hermanos, y dispuesta,  
por ser grata al Señor que lo quería,  
á libertar ¡triste de mí! la patria.  
Y del augusto me encontré en presencia;  
aquel hombre era un monstruo y le maldije.  
Pero se alejan todos, y me encuentro  
sola con él. ¿Por dónde huir? Sus ojos,  
por doquier me persiguen, me detienen.  
¡Se abren sus brazos y en mi boca siento  
unos labios de fuego que me besan;  
que besan, no, que muerden como víboras!

Le quise ahogar; con un supremo esfuerzo  
me arranqué de sus brazos...

(Pausa. Avergonzada al hacer la confesión de su amor.)

¡Oh, qué angustia!

esparcido el veneno de aquel beso  
por mis venas, sentir me parecía  
la caricia infinita de sus labios.  
¡Padre, perdón; le amo! Yo le he visto  
hacer el bien por mí. Si á los horrores  
volvió de nuevo el triste, es que le cercan  
los viles que le infaman. Padre mío,  
mi cielo no está aquí. ¡Perdón! Salvadmé  
que aquí dentro sin él, me moriría.  
Y hasta después de muerta y bajo tierra  
sentiría el calor de aquellos labios  
penetrar en mis huesos. Y si entonces  
me llamase, de amor estremecida,  
removiendo la tierra de mi fosa  
otra vez me lanzara entre sus brazos.  
¡Que apaguen el altar y adiós por siempre!

## ESCENA VII

ANDRÓNICA, EL PADRE JUAN, EL ABAD. Después, LIVANIO.  
Aparecen, el Abad, por detrás de la cortina; Livanio, por la puerta  
de la izquierda

ABAD El altar se encendió por orden mía  
y esperan la abadesa y tus hermanas.

AND. ¡Ah, señor, imposible! El dulce anhelo  
de ser la esposa de Jesús, en mi alma  
se extinguió desde ayer.

ABAD ¡Pobre paloma!

Me das piedad. Te fascinó el milano.

¡El augusto escarnece tu inocencia!

Es Lucifer quien toma su figura  
para tentarte y condenar tu alma  
con el alma precita de Nicéforo.

AND. ¡No, no... puede salvarse... ¡Dios le asiste!

¡Y él me ama, sí, me ama!

ABAD (A Livanio que entra.) Vos Livanio  
decídselo.

AND. (¡Ay de mí!)

LIV. Cuando dejastéis

la cámara imperial, en torpes risas,  
al punto prorrumpió, mientras mandaba  
que de hierros cargasen nuevamente  
á los caudillos que la plebe sigue.  
Y dijo que os quería para esclava,  
mas nunca para esposa.

AND. (Se me parte  
el corazón.)

ABAD ¡Seguid!  
LIV. Señor... (Vacilando.)

ABAD Es fuerza  
que ella lo sepa todo. Es por su dicha.  
LIV. Puesto que lo mandais... Dijo el augusto,  
que si una noche como esposa suya  
queréis servirle, que os regala...

AND. ¡Oh, basta!

(Abrazándose al Padre Juan.)

¡Padre Juan! ¡Padre Juan!

P. JUAN ¡Valor, Andrónica!

(Pausa.)

LIV. La ceremonia, abad, que el tiempo corre  
y si el emperador...

ABAD Será al instante.

(A Andrónica.)

Y ahora, decid: ¿qué quiere la novicia?  
¿Que apaguen esas luces?

AND. ¡No! ¡Que enciendan!

¡Más claridad! ¡Más luz! ¡Hermanas mías,  
á vuestro lado vuelvo! ¡Fué locura!

¡Llegó el último día de Anatolia!

¡Padre, padre, venid... Dios lo ha querido!

P. JUAN Su voluntad acata.

AND. Que se cumpla  
en cielo y tierra eternamente.

(Momentos antes de dirigirse hacia la cortina Andrónica y el Padre Juan, el altar se habrá iluminado por completo. Cuando Andrónica aterrada por las palabras del Abad y por la revelación que teme, exclama «¡Ay de mí!», la comunidad comienza á reunirse. El cuadro ha de verse bien á través del velo. Las monjas con velas encendidas, hacen la genuflexión ante el altar. Luego quedan á ambos lados y de pie.)

P. JUAN (Sosteniéndola.) ¡Hija!

AND. Ya entre vosotras me tenéis, hermanas.

(Cae la cortina detrás de ella. El Padre Juan y Andrónica rezan ante el altar. Luego se arrodillan todas las monjas y se oye el murmurio de sus oraciones. Una monja presenta al Padre Juan un velo blanco. El Padre Juan lo ofrece ante el ara. Andrónica se prosterna y el Padre Juan cubre su cuerpo con el velo. Vuelve Andrónica á arrodillarse. Al oirse el primer grito de Nicéforo, resuena el canto. Véase al final la música. Poco antes de entrar Nicéforo en escena, Andrónica se habrá puesto en pie. El Abad y Livanio quedarán en primer término de la escena.)

ABAD

Triunfamos, caballero. Albia se pierde.  
El palacio imperial habrá arrasado  
á estas horas el pueblo.

LIV.

Sí; mas si ella  
mudase ahora de intento.

ABAD

No temais;  
es mujer, y la herida fué muy honda.  
Y además, ved, la ceremonia avanza.

LIV.

¿No escuchais? Crecen fuera los rumores.  
(El espectador no ha de oír todavía los rumores del pueblo, que deben llegar hasta el público por un lado de la escena. El Abad sigue la ceremonia de la profesión con marcada angustia.)

ABAD

Calma, Livanio, calma. Ahora nosotros  
recemos por la esposa que le llega  
á Dios nuestro Señor. (El Abad se arrodilla.)

LIV.

¿Y si la plebe  
entra y logra impedir?...

ABAD

(Se comienza á percibir el rumor del pueblo.)

Arrodillaos,  
rezad, rezad conmigo. (A media voz.)  
«Padre nuestro...»

LIV.

(Crecen los rumores. Livanio se arrodilla.)

Si al menos esa chusma hubiera dado  
muerte al emperador...

ABAD

(Por el altar.) ¡Pero no acaban!  
¡Deprisa! ¡más deprisa!... «y que se cumpla  
tu santa voluntad, así en la tierra  
como...»

LIV.

(Levantándose)

El tumulto aumenta. Se diría  
que la plebe está dentro del convento.

ABAD

(Levantándose también.)

¿Qué decís? ¿Estais loco? ¡No es posible!



## ESCENA VII

SOR ELENA, ABAD, LIVANIO. Después NICÉFORO. Sor Elena viene de la parte del exterior

SOR EL. ¡Ay, Virgen Santa! ¡Es él! ¡Es él! Yo misma le he visto entrar.

ABAD ¿A quién?

LIV. Hablad.

SOR EL. A ese hombre.

ABAD Cerremos esa puerta. (Cierra una lateral.)

¿Quién ha entrado?

Suben.

(Imperativo.) Más bajo.

SOR EL. Es él, es el augusto, que huyendo viene.

ABAD (Apartándola de la cortina.)

Calla...

SOR EL. ¡Le defienden sus nobles contra el pueblo que le acosa!

LIV. ¡Perdidos somos si el augusto llega!

ABAD ¡Aun no! (A Sor Elena.)

Vos aquí muda. O si no un rayo...

(Alzando un brazo al cielo.)

SOR EL. ¡Oh, no! piedad.

ABAD (A Livanio.) ¿Acaban? Un instante, un solo instante más... y es tarde.

NIC. (Dentro.) ¡Andrónica!

ABAD (A Livanio.)

Que no entre aquí. Que caiga muerto fuera.

LIV. Está puerta está firme. (Empujando)

ABAD (Por Nicéforo; escuchando.) Se aproxima.

NIC. (Junto a la puerta.)

¡Andrónica!

ABAD (A Livanio.) ¡Empujad!

(Por los del altar.) ¡Allí no le oyen!

LIV. Aun está solo.

NIC. ¡Andrónica!

ABAD ¡Ya llega el pueblo persiguiéndole! ¡Que acaben!

- NIC. ¡Por Dios! ¡Abrid! ¡Por Dios!  
(Nicéforo golpea la puerta. Se oye el clamoreo del Pueblo que se acerca.)
- ABAD La ceremonia  
tocando está á su fin.
- LIV. La puerta cede.
- ABAD (Apartándose de la puerta.)  
¡Ah! ¡Ya resuena el canto! ¡Ya es profesal  
(Momentos antes de terminar la profesión los cantos han de ser más marcados.)

## ESCENA IX

LOS ANTERIORES, NICÉFORO; después SERGIO y ALEJO

- NIC. (Abriendo violentamente la puerta.)  
¡Andrónica! ¡Por fin! ¿Dónde está Andrónica?  
(Al entrar, abriéndose paso, se ase Nicéforo de la cortina que oculta el altar. La cortina se desprende cayendo hacia un lado. Quedan completamente visibles el altar y las monjas. Estas dan un grito de terror que interrumpe la ceremonia.)
- AND. ¡Oh, Dios mío! ¡Es Nicéforo!
- NIC. (Cayendo delante de ella sobre las gradas.)  
¡Sí, sálvame!  
(Nicéforo llevará las ropas desgarradas. En este instante invade la escena el Pueblo, capitaneado por Sergio y Alejo. Todos llevan armas: hachas, espadas, puñales, etc.)
- SERGIO ¡Muera el emperador!
- ALEJO ¡Muera el tirano!
- PUEBLO ¡Muera el augusto!
- AND. ¡Atrás! ¡Yo le defiendo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO





# ACTO TERCERO

---

Gran sala del palacio de Nicéforo con rompimiento al fondo. Los muebles aparecen destrozados y desgarrados los cortinajes. Todo en el mayor desorden. Arco grande de galería á la izquierda. Otro más grande á la derecha. Es noche de luna. Solo alumbrá la escena su resplandor.

## ESCENA PRIMERA

HERACLIAS caído en tierra. Ilumina su cuerpo un rayo de luna. La cabeza queda en sombra

¡Mis gentes, mis leales! ¡Pronto, luces!  
¡Que huyan las sombras! Alumbrad la cá-  
[mara.

¡Ah! ¡Maldición! ¡Mis párpados se cierran  
otra vez! ¡Morir no! ¡Quiero la vida,  
la vida, oh, Dios eterno! Que yo vea  
donde estoy; que recuerde mi memoria.

¡Ah, lo recuerdo, sí! Traidora mano  
por la espalda me hirió y en mis oídos  
escuché resonar estas palabras:

«Por Nicéforo mueres, el augusto  
es quien te dá la muerte...» ¡Y yo moría!

¡Mas se abrieron mis ojos, y aun aliento!  
Y las sombras huirán que me circundan.

¡Ah! ¡Luz! ¡Traedme luz! ¡Aquí mis gentes!  
¡Vuestro caudillo os llama! (Escuchando.)

Me oyan... llegán.

(Por la parte de la izquierda se ve una claridad que va aumentando )  
¡Claridad, claridad! ¡Mis caballeros!  
¡Aquí pronto mis hombres de batalla!

## ESCENA II

HERACLIAS y EL ABAD con una antorcha encendida

ABAD           ¿Quién está aquí?  
HER.                           ¡Venid, venid! ¡Socorro!  
ABAD           (Avanzando.)  
                  ¿Quién grita?  
HER.           (Reconociéndole.) ¡Es el Abad!  
ABAD                           ¿Quién sois?  
                  (Reconociéndole.)                   Heraclias.  
                  ¿No me engañan mis ojos?  
HER.           (Reconociendo el lugar donde está ) ¿Dónde estoy?  
                  ¡Dentro estoy de palacio, pero todo  
                  es destrucción y ruina en torno mío  
                  cual si el infierno hubiese aquí dejado  
                  su mortífero rastro!  
ABAD                           ¡Oh, quién dijera  
                  que fuéseis vos, Heraclias!... Yo os creía  
                  al lado del augusto combatiendo  
                  contra los bizantinos...  
HER.                           ¿Pero lucha  
                  el augusto sin mí?  
ABAD                           Buscó el amparo  
                  de la monja, y el pueblo y la nobleza  
                  fuera de la ciudad combaten juntos.  
HER.                           ¡La nobleza también!...  
ABAD                           En pos de Andrónica,  
                  que profanó sacrilega sus votos,  
                  toda la gente á combatir saliose.  
HER.                           ¡Ah, malvados! ¡Y á mí me abandonaron!  
                  ¡Pasaron sobre mí!  
                  (Se ha ido levantando poco á poco. El Abad acude á  
                  sostenerle.)  
ABAD                           ¡Por Dios, parece  
                  que os vais á desplomar!  
HER.                           Aun tengo vida  
                  y fuerzas tengo, Abad, para vengarme



de todos los traidores. Dadme nuevas;  
¿triumfa el emperador sin mí?

ABAD ¡Más calma!

Nadie ha vuelto del campo. Todavía  
debe durar la lucha. Mas decidme,  
¿quién os hirió?

HER. Por orden de Nicéforo  
el hierro me clavaron.

ABAD ¿Qué habéis dicho?

¡Es imposible! ¡Deliráis, Heraclias!

¿Contra vos el augusto?

(Comienza á clarear el cielo anunciándose el día.)

HER. ¡El que en mis brazos

hasta hoy he mantenido sobre el trono!

El gusano que pude con mi planta

aniquilar mil veces, cual podría

Dios á sus criaturas. ¡Yo, el caudillo

orgullo de Anatolia! ¡El que enfrenaba

el poder de Bizancio! ¡El que en espuma

convertir supo sus rugientes olas

que llegan cual montañas formidables!

Mas yo no he muerto, Abad, ni he de morir-

[me

hasta lograr completa mi venganza.

¡Y sí, por Dios, me vengaré! La noche

finaba ya cuando torné á la vida

y me encontré sobre estas duras losas

como un perro que muere abandonado.

Y juré, entonces, puesto de rodillas

y en el cielo los ojos, por mi alma,

que he de vengarme aunque Anatolia entera

sé convierta en inmensa sepultura

de todos los que á Heraclias traicionaron...

¡Y en esa fosa arrojaré á Nicéforo!

(Irónico.)

¡Cómo! ¿Vos contra él? ¡Es desvarío!

Mirad, si ahora volviese derrotado

le abriríais los brazos, y defensa

encontraría en ellos el augusto.

¡Ah, sí, seguro estoy! Y si tornase

triumfante, vos llorando de contento

al amo seguiríais de rodillas,

tal vez besando, para serle grato,

de Andrónica la veste.

ABAD

- HER. Abad, de oiros  
el alma se me enciende. Y vuestra cara,  
vuestras palabras—ya otra vez lo dije—  
me hacen dudar de si quereis que sea  
gobernada esta tierra por Nicéforo  
ó que vuelva al dominio de Bizancio.  
¿No oís? Rumor lejano.
- ABAD  
HER. ¿Qué?  
ABAD Diríase  
que es el rumor del viento... O tal vez vuelven.  
(Angustiado.)  
HER. ¿Que vuelven? ¿Quiénes vuelven? ¿El augus-  
[to?
- ABAD (Con intención.)  
Y Andrónica.
- HER. ¿Vencidos?  
ABAD Escuchemos.  
HER. Calma. (Va creciendo la claridad.)  
ABAD No se oye nada.  
HER. Llega el día.  
ABAD ¡Oid! ¡Más cercal! ¡Es gente! ¡No! Son olas,  
olas de carne humana.
- HER. ¡Oh, Dios, qué angustia!  
ABAD ¡Gritan victorial
- HER. ¿Mas de quién el triunfo?  
ABAD (Reanimándose.)  
¿Y si fuesen las turbas de Bizancio  
las que han entrado en Albia? ¿Y si en la  
[lucha  
rotos los anatolios, ahora arrastran  
de Andrónica y Nicéforo los cuerpos?
- HER. Abad, ¡que lo contemplan estos ojos  
y trágueme el infierno!
- ABAD (Por Heraclias.) (¡Oh, Dios, ayúdame,  
haz que este hombre sea mío!) Heraclias. .
- HER. ¡Oh, callad! ¡Escuchemos!  
(En este instante se siente un clamoreo formidable )
- ABAD (Retrocediendo.) «Viva» gritan.  
HER. Viva, sí... ¿Pero quién?  
ABAD ¡Mata la duda!  
No se oye nada, ¡nada!
- PUEBLO (Fuera, clamoreo formidable.) ¡Viva Andrónica!  
ABAD ¡Nicéforo ha triunfado!  
HER. ¡No! ¡mentira!

(Corriendo á la galería.)

¡No, miserables, no! ¡Muera Nicéforo!  
Silencio, que os perdéis...

ABAD

HER.

ABAD

(Sarcástico y rabioso.)

Y vuestros asesinos con él llegan;

(Se hace de día.)

y vos ayudaréis al gran Nicéforo  
que os mandó asesinar... (Riendo con sarcasmo.)

¡Gloria al augusto!

HER.

¡Abad! ¿Cómo arrancarlo de su trono?

¡Decídmelo!

ABAD

Sed mío. Obedecedme.

HER

¿Tienen los bizantinos otro ejército?

ABAD

Lo tienen. Y se acerca.

HER.

¿Estais en contra

de Nicéforo?

ABAD

Sí. ¡Siempre lo estuve!

HER.

Gente de guerra tengo que á mi lado  
luchará contra él...

ABAD

Que ignoren todos  
que la vida salvastéis... Que no os vean.

HER.

Abad, no puedo más.

ABAD

Venid.

HER.

¡Nicéforo,

tengo sed de tu sangre!

ABAD

¡Valor! Vamos.

(Salen por una de las puertas de la derecha, sosteniendo el Abad á Heraclias.)

### ESCENA III

SERGIO, ALEJO, MATEO, JORGE y Pueblo armado. Entra de pronto una masa de gente; después otra, y entre ambas los personajes que toman parte en el diálogo

MATEO

Camaradas, entrad.

ALEJO

Entrad.

SERGIO

No, Alejo,

que no pasen de aquí.

(Gritando.)

Que se detengan,

que están los aposentos del agosto  
á esa parte.

MATEO

¿Y qué importa? El nos ha dicho  
que todo lo que es suyo es también nuestro,  
y que quiere que vivan como hermanos,  
el pueblo y la nobleza.

JORGE

Muerto Heraclias,  
¡hermanos somos todos para siempre!  
¿Por quién triunfó Nicéforo? ¡Su triunfo  
lo debe á nuestro esfuerzo!

SERGIO

¡No! La patria  
ha triunfado por ella. Sin Andrónica  
nuestra patria vencida hubiera sido  
en la pasada noche. Sin Andrónica  
fuéramos todos pasto de los buitres.  
¿No la visteis cruzar en su litera  
el campo de batalla, medio cuerpo  
fuera de las cortinas y... «¡Adelante!»  
gritándole al agosto que cabalga  
del pueblo y la nobleza rodeado?  
Y al vacilar un punto nuestro brío  
ante las avalanchas bizantinas  
¿no la visteis saltar de la litera,  
montar un potro, asirse de sus crines  
y revuelto el cabello, en ira ardiendo  
sus inflamados ojos, como loca  
lanzarse entre las huestes del contrario,  
que visión del infierno la creyeron?  
¿Y no visteis entonces, cuál la plebe  
de Nicéforo en pos corrió á salvarla?  
Pero Bizancio huyó como las nieblas  
que el viento arrastra y nuestro quedó el  
[campo.  
Y desde el fondo de la madre tierra  
que guarda de los muertos las cenizas,  
la anatólica gente de otros siglos  
parecía gritar: «¡Viva la patria!»  
en tanto que sus almas desde el cielo  
«¡viva, viva la patria!» respondían.

## ESCENA IV

SERGIO, ALEJO, MATEO, JORGE, PUEBLO y NIKELAS

NIK. (Entrando precipitadamente con algunos soldados, con el brazo extendido como para demandar silencio )  
¡En nombre del augusto!

PUEBLO ¡Viva Andrónica!

NIK ¡En nombre del augusto, oidme!

SERGI O ¡Oigámosle!

ALEJO ¡Escuchad!

MAT. ¡Escuchadle!

NIK. ¡Pueblo! Os ruega

que en silencio salgais el soberano.

SERGIO Esperamos a Andrónica. Queremos que ella la augusta en Anatolia sea y que no torne al claustro.

PUEBLO ¡Oh, nunca!

NIK. Pueblo;

si me escuchais, esa mujer al claustro nunca más volverá. Quiere el augusto romper los votos que prestó en mal hora. Mas sabed que romperlos solo puede la Iglesia soberana.

SERGIO ¡Por la tierra

Dios dejó el cielo, y hasta dió su vida;

que ella deje el sagrado por la patria!

NIK. Pueblo de Albia: Nicéforo confía

en vosotros. (Rumores.) Oidme: la profesa,

cuando acabó la lucha en que triunfamos

por su ardimiento, pálida, anhelante,

cerró los ojos y cayera inerte

como frío cadaver, si el augusto

no hubiera recibido entre sus brazos

de su cuerpo purísimo el tesoro.

Y dándole calor contra su pecho,

se acerca ya el augusto.

(Nikelas ha ido bajando la voz, Pausa. En este instante se ha de oír en medio del silencio el ruido creciente de las herraduras de los caballos sobre las piedras.)

Oid: ya llegan.

(Emoción en el pueblo, pero sin gritar.)



- SERGIO      Hermanos: á la iglesia todo el pueblo.  
Sepan los sacerdotes que esa santa  
ha de ser hoy esposa del agosto,  
á pesar de sus votos.
- NIK.          (Que se ha acercado á una puerta y vuelve.)  
¡Pronto!. ¡Pronto!
- SERGIO      ¡A la iglesia!... ¡Salgamos!
- TODOS        ¡A la iglesia!
- (Salen todos hablando en voz baja por puerta distinta de la que entran Nicéforo, Andrónica y los demás personajes.)

## ESCENA V

ANDRÓNICA, NICÉFORO, NIKELAS, DEMETRIO y OTROS CABALLEROS. Primero entran algunos Caballeros. Poco después Nicéforo llevando en brazos á Andrónica. Entran todos rápidamente

- Nic.          ¡Despejad, despejad! ¡Ella y yo solos!  
(Salen todos rápidamente por distintas puertas. Nicéforo deja á Andrónica sobre un sitial, y él se arrodilla á sus pies.)  
Yo, como un perro fiel, aquí á sus plantas  
aspirando el aliento de sus labios;  
su puro aliento, que es mi vida. ¡Andrónica!  
¡rosa y lirio del alma, luz del mundo,  
raudal de amor, cuya corriente pura  
cesó de pronto convertida en hiel!  
¡Valor! ¿Me escuchas? Ya los enemigos  
huyeron como sombras.. ¡Lo tuviste  
¡oh, vida de mi vida! en la batalla,  
y ahora tu rostro es nieve y en mis brazos  
temblando estás como medrosa tórtola!  
¡Oh, Andrónica! ¡Oh, mi Andrónica! des-  
[pierta  
que ya en los cielos amanece el día,  
que el sol madruga por besar tu frente,  
y en torno tuyo, centro de mi alma,  
del universo entero, todo es gloria.
- AND.        (Volviendo en sí.)  
¡Ay de mí! ¿Dónde estoy?
- Nic.        Donde la dicha

te espera, orgullo mío, donde todo viste de gala porque tú has llegado.

AND. (Levantándose.)

¿No me encuentro en el claustro?

NIC. ¡Estás conmigo!

AND. ¡Oh, que me lleven pronto al monasterio!

¡A mi sagrado! ¿Dónde está mi celda?

¿Dónde mi Cristo?

NIC. (Abriendo los brazos.) Aquí sobre este ara, los brazos extendidos cual los suyos, cuando por el amor hízose hombre!

AND. ¡Todo acabó, Nicéforo!

NIC. ¡No, Andrónica!

Para tí y para mí todo comienza.

A torrentes la sangre se ha vertido para juntarnos.

AND. (Vacilando desfallecida.) Otra vez mis ojos se vuelven á cerrar.

NIC. (Sosteniéndola.) ¡Oh, Dios!

AND. (Medio desmayada.) ¡Mi celda!

He muerto para tí.

NIC. No. Escucha. Estamos en la hora suprema de la vida; no sólo tú y yo... ¡toda la patria! Déjame y corrió en vano tanta sangre. Bizancio volverá; quizá se acerca y pronto oiremos el marcial estruendo. Volverá y yo sin tí, caeré vencido, y otra vez de Bizancio será esclava la Anatolia infeliz. Mas si tú subes conmigo al trono, aunque Bizancio escupa todos los muertos de su raza juntos, en contra mía y de la tierra patria, cien veces y otras cien, muertos y vivos, rechazados serán. No habrá cadenas nunca para este pueblo. Será libre para siempre; y un cántico de gloria sonará por doquier. Y á tí, á la augusta deberá dicha tanta! Y cuando cierre tus párpados la muerte. ¡oh, dulce Andrónica! altas montañas formarán las flores conque la patria cubrirá tu cuerpo; y hasta el último día de los siglos tu alma bendecirán los anatolios.

AND. ¡Oh, sí, sí; bendecida por mi pueblo  
por todo el pueblo, sí!  
(Deteniéndose con espanto.) Pero maldita  
por nuestro Dios. ¡Qué horror! Y eterna-  
[mente  
mi cuerpo envuelto, no en las bellas flores,  
en espinas crueles... y abrasándose  
en el infierno mi alma!

NIC. ¡Oh, no!  
AND. Viniste

tarde á buscarme y un instante sólo  
triunfó de nuestra dicha para siempre.  
¡Ay, yo fuera tu esposa, mas juntóse  
en contra de los dos todo el infierno  
y á Dios perjura y á mi Dios ligada  
tuya no puedo ser, de Dios tampoco!  
Guíame pronto, guíame á mi celda.  
¿Dónde está mi sagrado?

NIC. ¡No, imposible!

AND. Algo dentro de mí siento romperse.  
Adiós, por siempre, adiós. Iré yo sola.  
(Va á salir.)

NIC. Bien está. Aléjate. Mas yo la vida  
sin tí no quiero; que otra vez el monstruo  
no quiero ser... ¡No, no! ¡Vivir sin alma  
nunca más, nunca más! Aparta, Andrónica.  
Sangre voy á verter por vez postrera  
pero será la mía.

AND. ¡Oh, no, Nicéforo!

NIC. ¡Quiero morir!

AND. Y yo quiero que vivas.  
Nicéforo... ¡te amo!

NIC. ¡Calla, Andrónica!

AND. No puedo más. Te amo. Si tú mueres  
contigo yo. Eres mío. Sí, lo siento;  
todo en mí ser lo dice. Y todo grita,  
la luz, la tierra, el aire, «¡es suyo, es suyo!»  
Yo te hice como eres. Aquí dentro  
tu alma he formado yo. ¡Por eso es mía!  
NIC. Sí, sí; soy vida tuya. Mas tú escúchame:  
no encontrarás la paz sin mí. Perjura  
fuera al claustro; que las rejas guardan  
el cuerpo nada más; el pensamiento  
contra Dios y los hombres se rebela.

Y el tuyo se rebela. Dime, dime  
que tu amor solo es mío, ó soy el monstruo  
y contra tierra y cielo... ¡Habla! A pedazos  
le he de arrancar la confesión á tu alma.

(Nicéforo parece una fiera sacudiéndola entre sus brazos.)

AND. ¡Sí, mátame, diciendo que te amo  
sólo á tí más que á nadie en tierra y cielo!

NIC. Ahora soy el agosto. ¿Tú me amas?  
dueño del mundo soy. ¡Que de mi pecho  
me vengan á arrancar la gloria mía!

AND. ¡Nicéforo! Mi dueño!

(Se oyen las campanas.)

NIC. Las campanas,  
las campanas, Andrónica, ¿las oyes?  
Ya va tornando nuestro pueblo, mira.

(Se asoman á la ventana los dos.)

AND. ¡Qué alegres, sí! Sus vestiduras tiñe  
todavía la sangre del combate.

NIC. Lá vertieron por tí. ¿Pues qué no harían  
porque fueras mi esposa, si la Iglesia  
se negase á otorgarme el bien que ansíc?

¡Pero no; que la Iglesia es fiel al trono!

AND. El pueblo es mi esperanza.

NIC. ¡Al templo! ¡Al templo!

## ESCENA VI

ANDRÓNICA, NICÉFORO y NIKELAS

NIK. (Con voz de espanto.)  
Augusto...

NIC. Habla, Nikelas.

NIK. Vengo á daros  
una nueva, señor. (sin atreverse.)

NIC. ¿Qué te detiene?

NIK. En voz baja, señor, y recatándose  
hé visto hablar á muchos caballeros  
y salir de palacio. En el castillo  
mayor sé que se juntan.

NIC. (Serenamente.) Vengan todos,  
que el agosto les llama. Y que Albia entera  
goce el contento de tan fausto día.

- NIK. (Trémulo.)  
Es que se dice en la ciudad...
- NIC. Prosigue.
- NIK. (Con terror.)  
Que es Heraclias, señor, el que los manda.
- NIC. (Riendo.)  
¡Heraclias! Dice, Andrónica, que Heraclias es otra vez quien manda mis soldados.  
(Riendo.)  
¡Un muerto que á otros muertos acaudilla!  
¡Señor, yazgan en paz!
- AND.
- NIC. ¡Y mucha tierra!
- NIK. Mi propia mano le clavó este hierro,  
y bien hondo.
- NIC. Lo sé, lo sé. Tú fuiste,  
Nikelas, quien del pecho me arrancaste  
la sierpe á mis entrañas enroscada.  
¡Justo el castigo fué! Vengan ahora  
mis nobles, mis leales. Venga el pueblo.  
Vamos al templo, Andrónica, seguidos  
del pueblo, que te ama y que perdona  
mis culpas por tu amor.
- AND. ¿Qué más podría  
si hasta mi Dios te doy, oh, augusto, darte?
- NIC. Valor, ángel del cielo...

## ESCENA VII

ANDRÓNICA, NICÉFORO, SERGIO, ALEJO, MATEO, JORGE y  
PUEBLO. Primero entran Jorge y Alejo, después los otros

- SERGIO Señor...
- NIC. Venga  
mi pueblo á nuestro lado.
- SERGIO ¡Oh, señor!...
- NIC. Suba  
con ella al trono la Anatolia entera.  
La augusta es nuestra raza que en el cuerpo  
de esta virgen se encarna.
- SERGIO ¡Oh, sí, sí, Andrónica!
- AND. Pueblo de Albia, te amo. ¡Oh, pueblo mío,  
á vuestro emperador defended siempre,  
que él os ama también!



SERGIO

Escucha, augusta:

la Iglesia sabe ya nuestro deseo  
y el pueblo quiere conducirte al ara  
en que la esposa del agosto seas.

NIC.

¡Oh, anatólica raza! ¡Oh, raza firme!  
Gracias por mí y por ella. Ven, Andrónica.  
(Cogiéndola de la mano y dirigiéndose al pueblo.)  
¡Ola santa del pueblo, abre tus aguas,  
llévanos en tu seno!

SERGIO

Como madre

y sobre el pecho.

AND.

¡Vamos!

NIC.

¡Rodeadnos!

### ESCENA VIII

ANDRÓNICA, NICÉFORO, SERGIO, ALEJO, MATEO, JORGE, PUE-  
BLO, algunos Caballeros con NIKELAS, el ABAD y otros sacerdotes  
y monjes

ABAD

Deteneos, señor.

NIC.

Vamos al templo,  
que quiero darle emperatriz al trono  
y al tálamo la augusta esposa mía.  
¡Oh, mi Andrónica, vamos!

ABAD

Señor... gracia.

Sois el emperador de la Anatolia;  
mas sobre vos, hay leyes, que Dios mismo  
ha dictado. Y por él la Iglesia habla.

AND.

¡Oh, qué espanto!

NIC.

Pues bien: que hable la Iglesia.

ABAD

En el nombre de Dios, la que es su esposa  
á reclamar venimos.

NIC.

¿Para hacerla  
en presencia de Dios esposa mía?

ABAD

Augusto, no. Para que torne al punto  
á la casa de Dios, que es desposada  
de Dios nuestro Señor.

NIC.

¡Oh, no! En la tierra  
no hay poder que la arranque de mis brazos.  
Es Dios quien la reclama.

ABAD

¡Desfallezco!

AND.

NIC.

¡No, mentira! ¡Dios no! No es El quien junta

los seres para luego destrozarles  
el corazón. Esta mujer es mía.  
Dios me la dió en el campo de batalla.  
Se ha consagrado á Dios.

ABAD  
NIC.  
ABAD

¡No!

Que lo diga:

¿por qué enmudece? ¡Que responda ella!  
¡Sí, lo juré!

AND.  
NIC.

No importa. Olas de sangre  
han borrado después su juramento.  
Si hay que verter más sangre todavía  
y borrar hasta el rastro de esos votos,  
decidlo, Abad, y formaré otra ola  
negra y gigante con la sangre vuestra.  
¡Ah, inicuos! ¡Ah, traidores, que vendida  
la Anatolia tenéis á esa Bizancio  
que en polvo desharé! ¡Míralos, míralos!  
lo llevan en los ojos. ¡Son traidores!  
Ellos son; aquí están. En cementerios  
trocarían los pueblos. Si pudiesen  
llevarían la muerte á las entrañas  
en que engendran las madres á sus hijos.  
¡Oh, viles! ¡Monstruos! Vuestra negra turba  
encerraré entre fuego, cual se encierran  
los escorpiones. ¡Y que al cielo suba  
la llamarada y vuestro Dios que os traguel!  
¡Al fuego!

SERGIO  
PUEBLO  
NIK.

¡Al fuego, sí!

¡Señor! La cámara  
invaden en tropel nobles rebeldes.

## ESCENA IX

ANDRÓNICA, NICÉFORO, ABAD, NIKELAS, SERGIO, ALEJO,  
MATEO, JORGE, HERACLIAS, CABALLEROS, PUEBLO, Sacerdotes  
y monjes

NIC.

¡No! Mis nobles son fieles. (Dirigiéndose á ellos.)  
¡Caballeros!

ABAD

Mira quién los dirige. Mira, agosto.  
(En medio de los Caballeros se ve al fondo y debajo  
de las arcadas á Heraclias, inmóvil, pálido como la  
cera el rostro y las manos.)

- PUEBLO ¡Heraclias!
- NIC. ¡Es un sueño!
- AND. (Abrazándose á Nicéforo.) ¡Heraclias!
- NIC. (Con desvario.) ¡Vuelven los muertos á la vida...?
- PUEBLO (Con terror.) ¡Un muerto!
- NIC. ¡Andrónica!
- ¿No se engañan mis ojos? ¡Es él! ¡Mírale!
- ¿es que sus muertos los sepulcros lanzan contra nosotros? ¡Mírale! ¡qué espanto!
- ¡El fuego del infierno centellea en sus pupilas! ¡Mi razón se pierde!
- (Delirando.)
- ¡Enjambres de gusanos me combaten y todos luchan contra mí!
- AND. (Abrazándose á él horrorizada.) ¡Nicéforo!
- (Rumor en el pueblo.)
- NIC. Y el corazón sus dardos me destrozan.
- (Como arrancándose los dardos.)
- ¡Fuera, fuera los dardos que me matan!
- ¡Dios mío, no!
- AND. ¡Nicéfor!
- HER. (Dando un grito terrible al oírlo.) ¡Ah!
- AND. (Rumor creciente del pueblo.) ¡Nicéforo!
- HER. (Estúpidamente.)
- NIC. ¿Qué? ¿Qué?
- HER. ¡Llegó mi hora! Te di el trono y del trono te arrojo.
- ABAD ¡Pueblo de Albia!
- ¡Hijos de la Anatolia! ¡hijos rebeldes á Dios y á sus ministros! ¡Anatema sobre la raza!
- AND. ¡Compasión!
- ABAD ¡Bendigo al que dé muerte á esa mujer!
- HER. (Hiriéndola.) Yo... ¡muera!
- (Andrónica da un grito al sentirse herida y vacila su cuerpo.)
- NIC. (Sosteniéndola.) ¡Andrónica!
- SERGIO Arrastrémosle.
- PUEBLO ¡Que muera!

(Desaparece Heraclias como absorbido por la ola del pueblo. Un grupo rodea á Andrónica moribunda y á Nicéforo y á Sergio que la sostienen.)

MATEO

¡Los bizantinos!

JORGE

¡La ciudad invaden

las huestes de Bizancio! El pueblo cede.

ABAD

(Dentro.)

¡Viva Bizancio!

AND.

¡Oh, no!

NIC.

¡No, la Anatolia!

ALEJO

Incendian la ciudad. Bizancio triunfa.

AND.

(Luchando con la muerte.)

No, morir, no. ¡Vencer! ¡Alzad mi cuerpo!

¡Más alto! ¡Más!

(Surge en alto la figura de Andrónica sostenida por Nicéforo y Sergio.)

NIC.

¡Hermanos, adelante!

AND.

¡Más alto, más!

(Irguiéndose y gritando con un supremo esfuerzo.)

¡Viva Anatolia! ¡Ah, muero!

(Su cabeza destocada cae hacia atrás inerte. Andrónica ha muerto.)

NIC.

¡Símbolo de mi raza, triunfa muerta!

SERGIO

¡Viva Andrónica, hermanos!

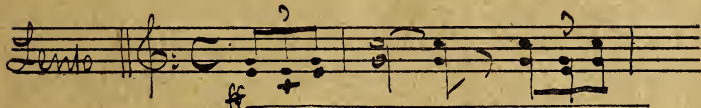
TODOS

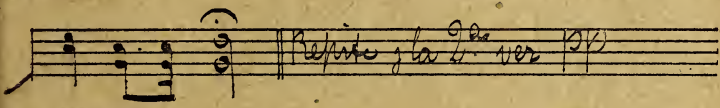
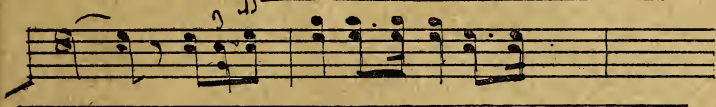
¡Viva Andrónica!

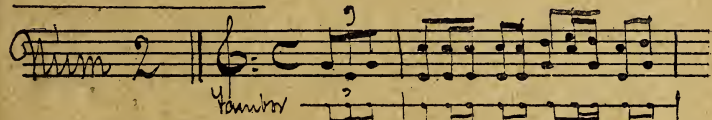
(Campanas, incendio, estruendo de armas y de clarines al exterior. Nicéforo y Sergio, rodeados del pueblo se lanzan al combate llevando siempre en alto como una bandera el cadáver de Andrónica.)

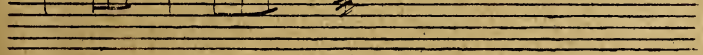
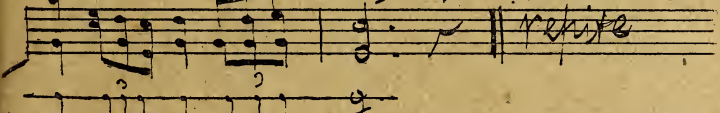
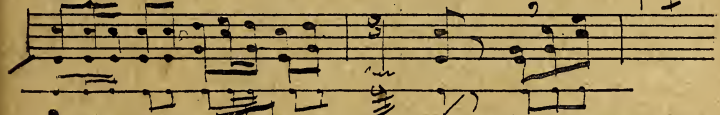
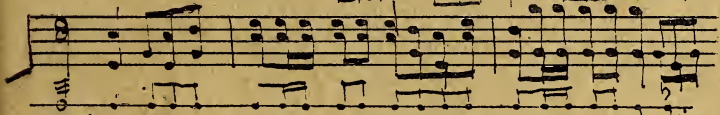
FIN DEL DRAMA

Andronica = *Andante* = *Comunes*  
en Si b

*Lento* || 



*Andante* 2 || 







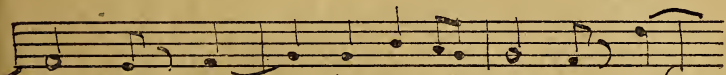
Andronica = Canto de las Monjas

Andante

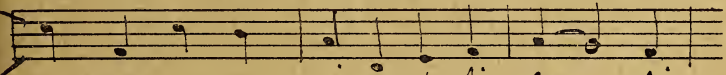


a ve ma ri

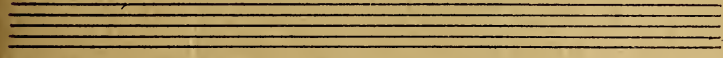
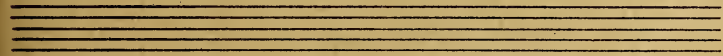
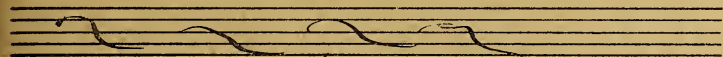
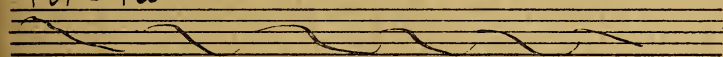
ste la · de — i ma ter al ma ad



— que semper vir go fe lip Coe li



Por — ta





POLIZIA N. 17285

